



**GLOBALIZACIÓN Y AJUSTE  
EN AMÉRICA LATINA**

---

## *De la década perdida a la década del mito neoliberal*

Pedro Brieger\*

### Introducción

La década de los '90 en América Latina tuvo una característica sobresaliente: la aplicación de las teorías neoliberales y el éxito de su discurso. No es relevante si estas reformas se inspiraron en el modelo chileno de los '70, o si comenzaron en México en 1988, en la Argentina en 1989, en Perú en 1990 o un poco más tarde en otros países. Salvo Cuba, que es un caso aparte, en los '90 la ola del pensamiento neoliberal se expandió a lo largo y ancho de América Latina.

Finalizada la década es el momento de realizar un balance de los años '90. Esto no es parte de un juego terminológico-mediático, pues la terminología utilizada y difundida por los medios de comunicación termina por impregnar el inconsciente colectivo. La pregunta que trataremos de responder en este trabajo es qué nombre resulta apropiado para una década de signo neoliberal después de que la década de los '80 fuera popularmente conocida como la "década perdida". Los años '80 se caracterizaron por el estancamiento económico, la carga agobiadora de una deuda que limitaba el acceso a los mercados financieros internacionales, una reducción del 9% del ingreso per capita entre 1980 y 1990, y la inflación que sobrepasó en algunos países al 1.000%<sup>1</sup>.

La hipótesis central que guía nuestras reflexiones es que los resultados de las reformas neoliberales en América Latina después de una década de aplicación no

---

\* Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

se condicen con las expectativas formuladas por los teóricos-propagandizadores de estas reformas.

### **¿Cómo lo lograron?**

Lo primero a destacar es que el neoliberalismo, desde una posición marginal y minoritaria durante todo el siglo, logró convertirse en doctrina hegemónica en los '90. En este proceso podemos distinguir dos fases: la fase de la imposición, y la fase del consenso. En la primera, el nuevo modelo es impuesto por la fuerza (Chile). En la segunda, la repetición constante del nuevo paradigma tomó el equivalente a la demostración aún antes de su comprobación fáctica. Con la apreciable participación de los medios masivos de difusión se fue consolidando un consenso ideológico aplastante y la conformación de lo que Ramonet define como “pensamiento único” (1998: 87-116).

De todas maneras, es necesario señalar que no fue consecuencia directa del fracaso de los proyectos populistas o del estatismo socializante, pues la mayoría de los gobiernos “populistas” o “estatistas” de América Latina no fueron castigados por el voto popular sino que fueron derrocados por golpes de estado.

El caso de Chile es emblemático. Los economistas liberales que rodearon a Augusto Pinochet no convencieron a los chilenos de que sus teorías eran mejores que las socialistas de Salvador Allende en un debate abierto y de confrontación de ideas. Para imponer su nuevo paradigma como verdad absoluta e incuestionable necesitaron de una dictadura militar que impidiera cualquier tipo de oposición y de una sociedad paralizada por el miedo. Como señala el sociólogo chileno Tomás Moulian: “los dispositivos de la fase terrorista aislaron con facilidad la posibilidad de efectos políticos. La oposición había sido hecha desaparecer del escenario o destruida. (...) La hegemonía por neutralización corresponde al silenciamiento que se impuso a los otros discursos y a la estigmatización con que se les restó eficacia cultural” (1997: 205 y 209).

El trabajo ideológico de los pensadores que difundieron las teorías neoliberales ha sido sin dudas excelente. En pocos años lograron que sus ideas parecieran el único modelo lógico y viable. Como decía Mario Vargas Llosa, “se trata, sobre todo, de desestatizar unas mentalidades acostumbradas por la práctica de siglos” (1992: 29).

El economista liberal francés Guy Sorman recorrió Latinoamérica pregonando las privatizaciones como una “utopía de cambio que, creada por filósofos y economistas liberales, se impuso en estos cuatro años en todo el mundo como una necesidad indiscutible” (1989: 25).

Un grupo importante de economistas –muchos de ellos conocidos como “los Chicago Boys”– apoyados por los principales organismos económicos internacio-

nales y sostenidos monetariamente por empresas multinacionales, crearon fundaciones, institutos, centros de investigación y lograron una real inserción en los principales medios de comunicación que les permitió convencer de lo “moderno” de sus teorías, aunque sus postulados originales se remontaran al siglo XVIII o XIX. También lograron imponer la idea generalizada de que todo lo público es “ineficiente”, que el estado es intrínsecamente perverso, que la única manera para que las empresas de servicios funcionen es privatizándolas, que así se reducirán gastos y se eliminará la corrupción; de la necesidad de achicar el estado, bajar el gasto público, abrir los mercados, incrementar la producción de artículos destinados a la exportación, flexibilizar y “modernizar” los mercados laborales, quebrar el poder de los sindicatos supuestamente interesados solamente en enriquecer a sus cúpulas, y reducir los gastos sociales, entre tantos otros postulados<sup>2</sup>.

La aplicación de todas estas medidas llevaría a un modelo de crecimiento donde la riqueza se “derramaría” hacia todos los estratos de la sociedad. De manera maniquea y provocativa lo presentaron como el único camino de crecimiento y desarrollo. Su no implementación implicaría el retroceso a las penumbras de la historia para no salir de ellas nunca más.

Además, y no sólo en el caso del régimen militar chileno, se impuso la idea de que el programa económico liberal era el producto de un saber absoluto de carácter científico. Como ya señalara Moulian, en 1981, en pleno proceso militar “este mito de la cientificidad se ha usado tanto para sacralizar lo dicho o lo hecho como para definir quiénes tienen el derecho de discutir la política económica” (1981: 889). Los que se atrevieron a criticar fueron descalificados por ignorantes, “estatistas”, de rechazar la modernización o, simplemente, desconocedores de las leyes económicas.

Hay que destacar que no todos los postulados planteados por la corriente neoliberal eran falsos o un mero invento maquiavélico. Efectivamente, encontraron un terreno fértil para sus críticas –especialmente en lo que respecta al sector público– porque en la mayoría de los países latinoamericanos éste se encontraba profundamente desprestigiado por su corrupción e ineficiencia.

De hecho, hubo una especie de “chantaje” ideológico motorizado por los procesos de hiperinflación y la ayuda invalorable de comunicólogos que simplificaron y adecuaron las teorías neoliberales como único discurso alternativo creíble. Como en el discurso colonial del siglo XVIII y XIX, la llegada del capital extranjero y del “progreso” pasaron a ser sinónimos.

Para implementar las profundas reformas planteadas recibieron avales muy importantes de los principales organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, cuyos funcionarios surcaron Latinoamérica llevando sus recetas bajo el brazo. Cual dogma religioso e incuestionable se le ofrecía el mismo modelo a todos los países: apertura, privatizaciones –aun de

las empresas públicas rentables–, achicamiento del estado, etc. Joseph Stiglitz, vicepresidente del Banco Mundial, lo reconoce abiertamente: “Oficialmente –dice– por supuesto que el FMI no ‘impone’ nada. ‘Negocia’ las condiciones para otorgar ayuda. (...) Yo sé de un desafortunado incidente donde un equipo del FMI copió gran parte de un texto de un informe de un país y se lo ofreció a otro dejando el nombre del país original en algunas partes del texto” (2000).

La puesta en práctica de las medidas sugeridas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial debía permitir que los “mercados emergentes” (término con connotación positiva que ha reemplazado la categoría de “subdesarrollo” con connotación negativa) accedieran al desarrollo.

En la simplificación del discurso los teóricos neoliberales presentan su modelo económico con postulados simplistas como si los países industrializados más desarrollados hubieran accedido al lugar que ocupan hoy en día combatiendo el proteccionismo y el estatismo. Sin embargo, éste es otro de los mitos fabricados en los últimos años. Para su crecimiento, tanto el Reino Unido, Estados Unidos, Japón o Alemania apelaron –en menor o mayor medida– a medidas proteccionistas que contradecían abiertamente los postulados liberales y utilizaron su poderío político-militar para “competir” en el libre mercado.

### **¿Cómo se hace el balance y qué parámetros utilizar?**

No es sencillo hacer el balance de una década en una región tan vasta como Latinoamérica. Lógicamente, no se puede medir con los mismos parámetros las necesidades de los indígenas ecuatorianos, que las de un técnico en computación en San Pablo con estudios terciarios, o una trabajadora mexicana de una empresa de autopartes coreana en la frontera con Estados Unidos a la cual ni siquiera le está permitido sindicalizarse. Además, es imposible adoptar un solo criterio, entre otras razones, porque a lo largo del siglo la mayoría de los latinoamericanos –incluso los más pobres– ha mejorado su nivel de vida.

Desde luego que para las teorías neoliberales el parámetro del balance pasa por la cantidad y calidad de las reformas aplicadas. En este sentido, consideran que la década del ‘90 ha sido un éxito rotundo cuyos frutos ya se trasladan al bienestar general. De allí que citen los números macroeconómicos que indican crecimiento del PBI o la cantidad de dólares que ingresaron al país, muestren éxitos tales como la estabilidad monetaria, o mejoras en los servicios, y que México y la Argentina sigan siendo los ejemplos del éxito de la implementación de las reformas (*Mexpaz Análisis*, 1997). El economista jefe del Banco Mundial, Guillermo Perry, sostiene que “la pobreza no bajó con los ajustes de los ‘90, y la desigualdad creció, pero la experiencia fue exitosa: América Latina subió el ingreso per capita 1,5% anual; en los ‘80, bajó el 2%” (Entrevista a Guillermo Perry en *Clarín*, 2000: 32).

Según un informe de 1995 de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) que agrupa a las 24 naciones más desarrolladas, en 1960 Latinoamérica participaba del comercio mundial con el 9% de las exportaciones mundiales, pero en 1994 este porcentaje se había reducido al 3,6%, incrementando su marginalidad en el contexto mundial. El Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), las Naciones Unidas o el propio Banco Mundial en sus informes anuales coinciden en señalar el crecimiento de la pobreza y de la miseria extrema en Latinoamérica en la última década (Ramírez López, 1999).

Según un informe de la CEPAL de 1996 la reactivación económica que se observa en los '90, y que registra de 1990 a 1996 una tasa de crecimiento media anual del PBI del 3%, no ha logrado resarcir el estancamiento productivo de los años '80. En 1996 el producto por habitante fue todavía 1% inferior al que la región alcanzó en 1980 (CEPAL, 1996).

Más aún, como a principios de siglo, la mayoría de los países latinoamericanos sigue exportando materias primas y dependiendo de las fluctuaciones de un mercado mundial que no domina, para importar la mayoría todo aquello que Thunrow señala como esencial para ser desarrollados.

La apertura de los mercados tiene dos facetas. Por un lado ha provocado el cierre de importantes industrias nacionales, pero por el otro, la importación de objetos de consumo logró masificar algunos de ellos a precios muy bajos. La apertura de los mercados puso ante los ojos de la población un mundo de objetos importados –desde paraguas hasta televisores– a precios más baratos que los conocidos hasta entonces. Sumado al éxito de derrotar la hiperinflación, se produjo la alianza “de facto” entre los grupos más poderosos que favorecían un discurso basado en los números positivos del crecimiento económico y los sectores más postergados, que lograron acceder a bienes de consumo antes inaccesibles. Por este conjunto de factores las propuestas neoliberales en los '90 lograron consolidarse en el poder por medio del voto.

Como dice Tomás Moulian, miles de personas tuvieron la sensación de que por primera vez accedían a bienes u objetos que antes estaban restringidos a los ricos. Más que cualquier discurso, esta posibilidad de pasar de la televisión blanco y negro al color, de tener videocassetera, de acceder al teléfono, le otorgó a millones la sensación de que ellos también entraban en la modernidad. La masificación del crédito permitió el tan mentado “voto licuadora” como mecanismo de futuras compras reales y políticas. El precio de la apuesta a la continuidad de este modelo económico estuvo dado por lo que Moulian define como consumismo, esto es, “los actos de consumo que sobrepasan las posibilidades salariales del individuo y acuden al endeudamiento, apostando por tanto con el tiempo” pero multiplicando la disciplina y la sumisión por temor a perderlo todo (1997: 104).

---

Pero la tan mentada prosperidad fue restringiéndose. Una minoría –aunque relativamente grande en las principales capitales latinoamericanas– comenzó a disfrutar de los placeres de lugares exclusivos, los shoppings y malls, las salas de cine al estilo norteamericano, computadoras, Internet, las camionetas todo terreno, los celulares y tantos otros productos. Sin embargo, el hecho de que un segmento de la población pueda tener los mismos patrones de consumo y, en algunos casos incluso superior a los de los países más desarrollados, no necesariamente quiere decir que el país en cuestión ha ingresado al club del “Primer Mundo”. De allí que Julio Boltvinik –profesor de El Colegio de México– se pregunte cuál es la relación entre privatización y bienestar, porque las inversiones han mejorado la calidad del servicio para aquellos que las pueden pagar sin consecuencias apreciables en el presupuesto familiar. Sin embargo, para la inmensa mayoría de la población muchos de los precios de estos servicios los excluyen de este circuito. “Es decir –dice Boltvinik–, se mejora el bienestar de una minoría, se excluye a la mayoría y se aumenta muchísimo la ganancia privada” (*La Jornada*, 1999).

Consideramos que estos patrones de consumo, que no son masivos, no pueden ser el criterio principal para evaluar la realidad social de un país, de la misma manera que la tasa de crecimiento anual o el ingreso del PBI per capita tampoco reflejan al complejo conjunto del entramado social.

### **En América Latina la pobreza sigue siendo una variable**

Uno de los debates clásicos en la sociología tiene que ver con la forma de medir el desarrollo de una sociedad. Consideramos que uno de los elementos centrales a tomar en cuenta para realizar un balance de las políticas neoliberales en América Latina tiene que ver con la pobreza en sus diversas variables metodológicas de medición.

La pobreza sigue siendo una variable de medición al momento de hacer un balance del desarrollo socio-económico y, de hecho, tanto el Fondo Monetario Internacional como el Banco Mundial o la CEPAL –cada una a su manera– la incorporan en todos sus estudios. Según José Antonio Ocampo, Secretario Ejecutivo de la CEPAL, la “década perdida” fue un período de marcado deterioro en materia de pobreza en América Latina. En un informe de 1998 Ocampo señalaba que “entre 1980 y 1990 la pobreza empeoró como resultado de la crisis y las políticas de ajuste, deshaciendo la mayor parte de los progresos logrados en materia de reducción de pobreza durante los años ‘60 y ‘70 y se incrementó la desigualdad de ingresos en la mayor parte de la región” (Boron, 1999).

Según el documento “Panorama social de América Latina” de la CEPAL de 1998<sup>3</sup>, en 1980 el 35% de los hogares eran pobres, en 1990 era el 41% y en 1997 se mantenía en el 36%. No hay que olvidar que la CEPAL suele medir la canti-

dad de hogares, ya que si midiera individuos, los números serían aún mayores. A fines de los '90, y luego de implementadas las profundas reformas neoliberales, la pobreza está en los niveles de 1980. La diferencia con 1980 es que –según Oscar Altimir– ahora dos tercios de los pobres y más de la mitad de los indigentes viven en áreas urbanas (Altimir, 1998).

Contradictoriamente, la CEPAL considera que la evolución de la pobreza durante la década de 1990 ha sido positiva aunque “debe ser evaluada con prudencia ya que recién se han recuperado los niveles relativos de 1980 y aún no se logra reducir el número de pobres e indigentes que existía en 1990” (CEPAL, 1996). En lo que respecta a la distribución del ingreso, entre 1990 y 1997 señala que “el conjunto de la región ha tenido un deficiente desempeño, ya que ha persistido el alto grado de concentración existente al comienzo de ese periodo” (CEPAL, 1996).

Tomemos nuevamente algunos casos puntuales. Chile es considerado todavía el paradigma exitoso de las reformas económicas neoliberales. De hecho, tanto el gobierno de Patricio Aylwin como el de Eduardo Frei se ocuparon de remarcar que no darían marcha atrás en las principales reformas económicas implementadas durante el régimen de Pinochet, reconociendo el éxito de muchas de ellas. Sin embargo, gran parte del “éxito” fue producto del cuidadoso marketing basado en campañas publicitarias (internas y externas) que la señalaban como ejemplo de modernización sólo equiparable a los “tigres asiáticos”. El marketing del éxito económico fue un pilar de la construcción del mito del Chile actual (Moulian, 1997: 97-99). Los datos de la CEPAL cuestionan este éxito. En 1970 la proporción de hogares pobres en Chile era del 17%. En 1987 había trepado al 39,1% para bajar al 19,7% en 1996 (Ocampo, 1998). Esto es, después de 14 años (1973-1987) de neoliberalismo sin oposición en Chile, la pobreza trepó del 17 al 39%.

## **México como modelo**

Durante varios años el ex presidente Carlos Salinas de Gortari fue elogiado por todos los organismos internacionales como el mejor alumno del modelo neoliberal, hasta que cayó en desgracia. Pocos recuerdan ahora sus famosas frases del estilo “El compromiso principal es con los que menos tienen” (*México Análisis*, 1996), o sus promesas de llegar al Primer Mundo por vía del “liberalismo social”.

Julio Boltvinik, que hace 20 años estudia el fenómeno de la pobreza en México, al realizar un balance de la década es claro y contundente: “Si uno toma el modelo teórico de lo que es el neoliberalismo y después compara con lo que hizo el gobierno de Salinas y sigue haciendo el gobierno de Zedillo, son idénticos los puntos uno por uno” (entrevista con Julio Boltvinik, 1999).

Diez años después de comenzado el modelo neoliberal, el Banco Mundial coloca a México entre los 12 países más pobres del mundo (en términos absolutos)

---

porque el 40% de la población sobrevive con menos de dos dólares diarios, que es la mitad del salario mínimo oficial (*Agencia Informativa Pulsar*, 1998[a]). La CEPAL destaca que el 75% de las personas con empleo formal reciben entre uno y dos salarios mínimos, a pesar de que el costo de la canasta básica es de tres salarios (*Agencia Informativa Pulsar*, 1998[a]). A fines de los '90 en México era más grande el número de personas que se hacían pobres, que el de aquellas que nacían pobres (*Agencia Informativa Pulsar*, 1998[a]).

Según las conservadoras cifras de la Comisión de Desarrollo Social de la Cámara de Diputados, el número de mexicanos que vive en la extrema pobreza aumentó de 17 millones a 26 millones en los últimos 10 años (*Agencia Informativa Pulsar*, 1998[a]). En la opinión de Boltvinik esa cifra es mucho mayor porque solamente entre 1994 y 1996 aumentó considerablemente el porcentaje de pobres extremos del 40% al 55% de la población. En lo global, dice Boltvinik, “en 1989 había 79 millones de mexicanos, de los cuales 55,9 eran pobres” (1995: 298-309). “En 1999 hay cerca de 100 millones y 73 millones son pobres” (entrevista con Julio Boltvinik, 1999).

Según estudios de varias universidades, “de diciembre de 1994 a la fecha, el salario mínimo ha acumulado una pérdida del 47,2% en su poder adquisitivo, y se coloca así como el período con mayor deterioro en los últimos 18 años” (*La Jornada*, 2000[b]).

Según un informe del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) del 19 de abril de 1998, “el 38,1% de los ingresos del país fue repartido entre el 10% de los hogares más ricos, mientras que el 25,5% de los ingresos quedó en manos del 60% de los hogares más pobres”: una brecha mayor que en 1996 (información de la agencia Reuters, citada por CNNenespanol.com, el 24 de abril de 2000).

Mientras los teóricos del neoliberalismo y los organismos internacionales continúan elogiando el crecimiento macroeconómico de México, los datos de pobreza son contundentes: sobre una población de 100 millones, 73 millones son pobres. A pesar de los datos de la pobreza, los organismos financieros internacionales siguen elogiando el modelo mexicano. Durante la última visita oficial del presidente Zedillo a Estados Unidos un mes antes de las elecciones del 2 de julio de 2000, el presidente del BID, Enrique Iglesias, destacó “la consolidación de la economía mexicana, que está creciendo a una tasa vigorosa, tiene una inflación abatida y está en un proceso de modernización reconocida por los mercados. A Zedillo hay que reconocerle haber llevado a cabo su compromiso social al tiempo que ponía en práctica un programa de austeridad” (*Clarín*, 2000).

---

## Otros casos, otros datos

El caso chileno también refleja otro gran problema de América Latina: la desigualdad de ingresos. Según Atilio Boron, entre 1979 y 1988 el 10% más rico de la población aumentó su proporción del ingreso nacional del 36,2% al 46,8%. Y la mitad más pobre vio reducidos sus ingresos del 20,4% al 16,8% (Boron, 1999). Para la socióloga Susana Torrado, en la Argentina el modelo produce pobreza sin inflación. En 1983 había un 18% de argentinos que vivían debajo de la línea de pobreza. Entre 1987 y 1990 subió al 47,4%; bajó al 21,5% en 1991 y se alcanzó el 16% en 1993 (Torrado, 1999). A partir de 1994 –sostiene Torrado– comienza la curva ascendente con inflación nula y llega al 26% en 1998. En números absolutos, según datos del Instituto Nacional de Estadísticas, 7 millones de argentinos viven con poco más de 2 dólares por día (*Página/12*, 1999). Respecto a los niveles de ocupación, Ismael Bermúdez señala que en 1990 los desocupados y subocupados sumaban 18%; nueve años después treparon al 28,1% (*Clarín*, 1999).

En la Argentina, un fenómeno de los años noventa es la formación de una nueva capa social muy heterogénea: los nuevos pobres, esto es, una franja importante de la clase media empobrecida. A diferencia de los pobres estructurales, la pobreza de las clases medias es “invisible” hacia adentro porque cualquier edificio de clase media puede albergarlos. Pertenecen a esta capa social los que han perdido su lugar de trabajo y no encuentran uno nuevo, dejan de salir de vacaciones, no pueden pagar más las cuotas de un colegio privado ni de la medicina prepaga, venden el coche o comienzan arreglos en su casa y los abandonan. Muchos de ellos decidieron aceptar los “retiros voluntarios” y terminaron quebrando en los nuevos emprendimientos que iniciaron. Hay quienes tuvieron un trabajo estable y una buena posición durante varios años y ahora, en la curva de la madurez, se las arreglan como cuentapropistas sin ningún tipo de beneficios sociales ni perspectivas de un futuro mejor. En la mayoría de los estudios realizados por los teóricos neoliberales, este nuevo fenómeno, de los ‘90, ni siquiera aparece como variable (Minujin y Kessler, 1995).

En Bolivia, los resultados del Censo Nacional de Población y Vivienda de 1992 indican que 7 de cada 10 bolivianos viven en la pobreza. En el campo, 9 de cada 10 son pobres (*Agencia Informativa Pulsar*, 1998[b]; datos aportados por Carlos Garafulic, director del Instituto Nacional de Estadísticas de Bolivia). En Nicaragua, en los últimos 7 años el número de pobres creció en un 50% (*Agencia Informativa Pulsar*, 1998[c]; datos aportados por el economista nicaragüense Oscar René Vargas).

En Perú, según datos del Banco Mundial, tras ocho años de neoliberalismo cinco de cada diez peruanos son pobres y ganan menos de un dólar al día, tres viven en condiciones de extrema pobreza y más del 50% de las familias del país recibe alimentos.

Finalizada la década de los '90, según cifras oficiales, de cada 10 personas en edad de trabajar, 6 están abiertamente desempleadas o subempleadas y 7 de cada 10 niñas y mujeres peruanas sufren algún tipo de violencia en su entorno familiar. Diez años después de Fujimori los sociólogos han tenido que inventar una nueva categoría para calificar a los pobres extremos que ahora son definidos como "Sector E". Son los que antes pertenecían al "Sector D" –simplemente los "pobres"– y ahora viven en condiciones de extrema pobreza, comen una vez al día y no tienen servicios básicos de subsistencia (Brieger, 2000).

El caso del Brasil es diferente por dos razones centrales. En primer lugar, por la propia historia, magnitud y transformación de la sociedad brasileña, ya que representa el 7% del PBI mundial (*Carta brasileira contra a desigualdade e pelo direito a cidade*, 1995) y porque la migración campo-ciudad y la expansión de las metrópolis ha provocado la concentración urbana del 80% de la población (*Carta brasileira contra a desigualdade e pelo direito a cidade*, 1995). En segundo lugar, porque el Brasil ha sido uno de los últimos países latinoamericanos donde se han aplicado las reformas neoliberales con el advenimiento de Fernando Henrique Cardoso en 1994. De todas maneras, el trazo similar se puede observar en el proceso de reformas constitucionales y legislativas que permitieron las privatizaciones en sectores estratégicos como petróleo, telecomunicaciones, energía eléctrica, puertos, minas (Codas, 1997).

El profesor de economía de la Universidad de Ottawa Michel Chossudovsky sostiene que en Brasil el 50% de la población vive debajo de la línea de pobreza (1999). Pero Demetrio Magnoli, Dr. en Geografía Humana de la Universidad de San Pablo, asegura que "el tema en Brasil no es la pobreza absoluta sino el crecimiento de las desigualdades y la economía informal que abarca a la mayoría de la población" (entrevista del autor con Demetrio Magnoli, 1999).

### **Conclusión: la década del mito neoliberal**

El mito ofrece bajo la forma de un relato mágico-religioso la explicación de un fenómeno a través de la utilización de símbolos, y de esta manera unifica el pasado con el futuro. El mito está íntimamente ligado al mundo real, por eso tiene la función de tranquilizar los ánimos al afirmar la pertenencia a una realidad continua que de esta manera se legitima, porque proporciona una explicación coherente de la realidad aunque tenga una connotación religiosa dogmática. Es justamente esta connotación la que provoca que los mitos puedan resultar verdaderos para aquel que cree en ellos, aunque sean inverosímiles. Y como los mitos tienen una estructura clara de principio, nudo, desenlace y final, se adaptan a la concepción neoliberal simplificadora de que partiendo de una ruptura con el populismo y el estatismo (principio) se llevarían adelante las privatizaciones y la reforma del estado (nudo) para lograr el bienestar prometido (desenlace) y arribar al

Primer Mundo (final). Como los mitos tienen un carácter ritual y simbólico para que la sociedad crea en ellos, es necesaria su repetición ritual, la fácil asociación de ideas que inculca un sentido de rectitud, así como de inevitabilidad (las reformas eran “inevitables”).

Durante la década de los ‘90 se construyó un mito en base a un hecho real: la estabilidad monetaria lograda luego de detener procesos hiperinflacionarios. El mito de las reformas neoliberales se basó en la repetición ritual de que estas reformas sacarían a América Latina del atraso en el que la habían sumido el populismo y el estatismo. En el balance, después de 10 años de neoliberalismo es posible determinar que los resultados han favorecido principalmente a una pequeña franja de la población en cada país, en mayor o menor grado según el caso. Son minorías que viven detrás de muros electrificados como en Lima o San Pablo, o reclusas en suburbios exclusivos custodiados por guardias armados. Según la revista *Courier International*, solamente en Río de Janeiro hay más de 100 mil guardias de seguridad privados y la industria de la seguridad mueve en el Brasil, en plena recesión, más de 2 mil millones de dólares por año (1999).

Las expectativas y promesas de entrar al Primer Mundo fueron desmesuradas y ayudaron a construir el mito. Los ministros de economía que pregonan la aplicación de las reformas neoliberales siguen afirmando que hay menos pobreza porque –en el caso argentino o brasileño– se acabó con la hiperinflación, “el peor impuesto a los pobres”, como suelen repetir. En un informe entregado al presidente de México Ernesto Zedillo, la CEPAL señala de manera categórica que los resultados económicos de la última década han resultado frustrantes. Apenas se consiguió un crecimiento promedio de 3,3% anual, habitan la región 224 millones de pobres y 7 de cada 10 nuevos puestos de trabajo están en la economía informal (*La Jornada*, 2000[b]).

Para los que tienen un contacto real con los estratos sociales más desfavorecidos, estos datos no son desconocidos ni ocultados por estadísticas macroeconómicas. Monseñor Casaretto, presidente de Caritas, al ser consultado sobre la pobreza en la década de los ‘90, fue categórico: “sin lugar a dudas aumentó” (*Radio América*, 3 de enero de 2000).

Por otra parte, si las desigualdades se incrementan, si en México hay 73 millones de pobres, si en la Argentina 7 millones viven con poco más de 2 dólares por día y el 39% de los latinoamericanos sobrevive con 1 dólar diario, la conclusión es categórica: el modelo neoliberal ha fracasado y su éxito se debe a la construcción de un mito. Ahora, después de ver los resultados, y cuando las críticas al modelo neoliberal crecen, en los organismos internacionales se plantea que “ha llegado la hora de dar una dimensión de sensibilidad social”. Este también es un mito. Un modelo que reconoce que arrastra una “deuda social” en su primera fase lo hará también en las subsiguientes. Lo reconoce Louis Emmerij –un miembro del BID– cuando dice que “la lección básica de las décadas pasadas fue olvi-

dada; lo económico y lo social eran una sola cosa. Hay una bomba de tiempo social que late bajo los sistemas económicos aplicados” (Van der Borgh, 1996).

El BID, por ejemplo, señala que en 26 países comprometidos con las reformas neoliberales, y a consecuencia de los “cambios estructurales”, creció el desempleo (García Morales, 1999). De acuerdo con estimaciones de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), ocho de cada diez puestos de trabajo creados en los años ‘90 corresponden a ocupaciones de baja calidad en el sector informal (Ocampo, 1998).

Como dice Ramón Castillo, “parece como si el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el BID, de pronto, como despertando de un profundo sueño, reconocieran que el modelo de desarrollo basado en el crecimiento de los indicadores macroeconómicos parece no estar dando los resultados esperados. Inesperadamente, parecen caer en cuenta de la necesidad de imprimirle a la economía un enfoque más humano, más solidario, y hablan de tomar en serio los valores políticos, culturales y familiares como claves olvidadas del desarrollo” (*El Nacional*, 2000).

Ahora bien, si el modelo neoliberal fracasa como proyecto económico pero no existe un intento por descifrar ese fracaso habrá logrado su mayor triunfo: el ideológico. Esto es, seguir creyendo que a pesar de su fracaso es “lo que había que hacer”. Esa es justamente la construcción del mito. Por eso pensamos que la década que se cierra es “la década del mito neoliberal”. Guy Sorman en 1989 decía que “no hay que olvidar que el liberalismo favorecerá especialmente a las clases más pobres y que, por lo tanto, hay que movilizarlas en torno a este proyecto antes de que sean recuperadas por alguna corriente de izquierda” (1989: 27). Sorman planteaba esto antes de la caída del muro de Berlín, pero también como un axioma antes de que pudiera quedar demostrada en la realidad la imposición del mito.

## Bibliografía

- Agencia Informativa Pulsar* 1998[a] (Ecuador) 17 de junio.
- Agencia Informativa Pulsar* 1998[b] (Ecuador) 2 de julio.
- Agencia Informativa Pulsar* 1998[c] (Ecuador) 27 de julio.
- Altimir, Oscar 1998 *Growth Poverty in Latin American Countries - Long-term Trends* Occasional Paper N° 29. Long-term Trends, <[www.vndp.org/HDRO.oc29.htm](http://www.vndp.org/HDRO.oc29.htm)>
- Boltnivik, Julio 1995 “La pobreza en México. II: Magnitud”, en *Salud Pública de México* (México) Vol. 37, jul-ago.
- Boron, Atilio 1999 “El fracaso del neoliberalismo”, en *Revista del Sur* (Montevideo) enero/febrero <[www.revistadelsur.org.uy/revista.087-088/Tapa3.html](http://www.revistadelsur.org.uy/revista.087-088/Tapa3.html)>
- Brieger, Pedro 2000 “Reelección de Fujimori”, en *Acción* (Buenos Aires) segunda quincena de marzo.
- Carta brasileira contra a desigualdade e pelo direito a cidade* 1995, en <[eccoord@wamani.apc.org](mailto:eccoord@wamani.apc.org)> (Coordinador Ecología) 16 de marzo.
- CEPAL 1996 “Balance Preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe”, en Ramirez Lopez, Berenice *América Latina: los saldos de la reestructuración neoliberal* (México: Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México).
- Clarín* 1999 (Buenos Aires) 17 de diciembre.
- Clarín* 2000 (Buenos Aires) 10 de junio.
- Codas, Gustavo 1997 *International Viewpoint* (París) 11 de diciembre, en 100666.1443@compuserve.com.
- Courrier International* 1999 (Francia) 9 de Octubre, en <[www.courrierint.com/hebdo/encouv4.htm](http://www.courrierint.com/hebdo/encouv4.htm)>
- Chossudovsky, Michel 1999 *Brazil's IMF sponsored economic disaster*, en <[chossudovsky@sprint.ca](mailto:chossudovsky@sprint.ca)> 27 de enero.
- El Comercio* 1992 (Ecuador) 22 de agosto.
- El Nacional* 2000 (Caracas) 26 de mayo.
- “Entrevista a Guillermo Perry”, en *Clarín* (Buenos Aires) 10 de junio.
- García Morales, Federico 1999 *El modelo neoliberal y la pobreza en América Latina*, en <[www.rcci.net/globalizacion/index.htm](http://www.rcci.net/globalizacion/index.htm)>
- Hills, Carla 1998 *De la década perdida a la Cumbre de Santiago*, en <[www.usinfo.state.gov/journals/ites/0398/ijes/ejhills.htm](http://www.usinfo.state.gov/journals/ites/0398/ijes/ejhills.htm)>

- La Jornada* 1999 (México) 19 de marzo.
- La Jornada* 2000[a] (México) 7 de abril.
- La Jornada* 2000[b] (México) 1° de mayo.
- México Análisis* 1996, en <frontcomunes@laneta.apc.org> 24 de noviembre.
- Mexpaz Análisis* 1997 (México) N° 128, 23 de junio, en <frontcomunes@laneta.apc.org>
- Minujin, Alberto y Gabriel Kessler 1995 *La nueva pobreza en la Argentina* (Buenos Aires: Planeta).
- Moulian, Tomás 1981 “Estado, ideología y políticas económicas”, en *Revista Mexicana de Sociología* (México) abril/junio.
- Moulian, Tomás 1997 *Chile Actual: anatomía de un mito* (Santiago de Chile: Lom-Arcis).
- Ocampo, José Antonio 1998 “Distribución del ingreso, pobreza y gasto social en América Latina”, presentado en la *Primera Conferencia de las Américas* (Washington: Organización de Estados Americanos) 6 de marzo.
- Página/12* 1999 (Buenos Aires) 11 de enero.
- Ramírez López, Berenice P. 1999 *América Latina: los saldos de la reestructuración neoliberal* (México: Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México).
- Ramonet, Ignacio 1998 *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo* (Madrid: Temas de Debate).
- Sorman, Guy 1989 *No a la decadencia argentina* (Buenos Aires: Atlántida).
- Stiglitz, Joseph 2000 “The insider”, en *The New Republic*, en <www.tnr.com/041700/stiglitz/041700/html> 6 de abril.
- Torrado, Susana 1999, en *Clarín* (Buenos Aires) 10 de junio.
- Van der Borgh, Chris 1996 “Una comparación de cuatro modelos contemporáneos de desarrollo en América Latina”, en *Revista ECA*.
- Vargas Llosa, Mario 1992 “América Latina y la opción liberal”, en Levine, Barry *El Desafío Neoliberal* (Bogotá: Grupo Editorial Norma).

## Notas

1 Ver especialmente el trabajo de Carla Hills (1998), representante de Comercio de Estados Unidos desde 1989 hasta 1993.

2 En 1992 María Julia Alsogaray, en ese momento Secretaria de Recursos Naturales de la Argentina, señalaba que “La única posibilidad de despegar hacia el desarrollo y el crecimiento económico de los países latinoamericanos radica en los procesos de privatizaciones” (*El Comercio*, 1992).

3 El “Panorama social de América Latina” de la CEPAL es preparado anualmente por la división de desarrollo social y la división de estadística y proyecciones económicas de la CEPAL:

<[www.eclac.cl/espanol/publicaciones/ps98/sintesis.htm](http://www.eclac.cl/espanol/publicaciones/ps98/sintesis.htm)>

---

## *Orígenes y actualidad del “pensamiento único”*

**Mario Rapoport\***

Cuando Carlos Marx y Federico Engels decían, para amedrentar a la burguesía, que un fantasma recorría el mundo, el fantasma del comunismo, refiriéndose a la nueva ideología que según ellos arrasaría con las viejas instituciones del capitalismo, no podían imaginar que una ideología contrapuesta ejercería una influencia dominante sobre el fin del siglo XX. Esa ideología es inseparable del proceso de globalización, que marca hoy la evolución de la economía mundial, y le sirve de fundamento teórico.

La manera en que el discurso globalizador ha logrado, en el terreno económico, la casi unanimidad de organismos internacionales y gobiernos, le ha dado un nombre: el “pensamiento único”. No por singular, sino porque frente a él todas las interpretaciones alternativas (desde el mismo marxismo, que también tuvo sus ímpetus hegemónicos, hasta las distintas variantes del keynesianismo y del Estado de Bienestar) parecen haberse fundido como la nieve.

En verdad, ya desde la crisis de los años ‘30 comienzan a madurar tres líneas de pensamiento económico que desde una interpretación diferente de la crisis propondrán también soluciones distintas para asegurar la supervivencia del sistema o para transformarlo en menor o mayor medida.

---

\* Director del Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social. Investigador Principal del Conicet. Profesor Titular de Historia Económica y Social Argentina e Historia Argentina Contemporánea en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Keynes es el más influyente, y además el primero, que critica los fundamentos de la economía neoclásica y propone construir los cimientos de un nuevo edificio teórico que no se basa, como señala en su artículo *El fin del laissez-faire*, escrito en 1926, en los supuestos de que "...los individuos poseen (...) una 'libertad natural' en el ejercicio de sus actividades económicas..." y de que el mundo está gobernado por "...la Providencia de forma de hacer coincidir siempre el interés particular con el interés general..." (Keynes, 1931). De allí la importancia del papel del estado, a través de políticas activas, vía incremento de la demanda, para volver a reestablecer los equilibrios perdidos en épocas de crisis y, especialmente, el pleno empleo, y retomar la senda de crecimiento. Su *Teoría General*, publicada en 1936, constituye la culminación no sólo de otros estudios teóricos sino también de una serie de trabajos sobre las políticas económicas vigentes en su época, tanto en el escenario mundial como en su país, Inglaterra, que habían comenzado con la crítica del sistema económico internacional de la primera posguerra en sus *Consecuencias Económicas de la Paz de Versalles*. Las ideas keynesianas fundamentarán el Estado de Bienestar que predomina después de la guerra en la mayoría de los países industrializados.

Una segunda alternativa frente a la crisis y al capitalismo liberal la plantea un economista y antropólogo de origen húngaro, Karl Polanyi, que publica en 1944 un libro, *La Gran Transformación*, que tendrá repercusión muchos años más tarde, pero que merece por su originalidad un lugar propio entre las líneas de pensamiento principales de su tiempo. En el modelo de Polanyi, como señalaba Fernand Braudel, el intercambio se distingue del mercado y se opone a él. La autorregulación de la vida económica por los mecanismos de mercado constituye para Polanyi una utopía y sólo la acción del estado, desde la "gran transformación" que comenzó en Inglaterra a fines del siglo XVIII, ha podido imponer el uso de la moneda y de la mercancía. Si el mercado es una creación artificial, y no como señalan los neoclásicos una condición natural de la vida económica, puede existir una solución socialista para superar las contradicciones del capitalismo. Es preciso notar que Polanyi, aunque inspirado en el marxismo, se aparta de él; Marx comienza con el análisis de la mercancía y del intercambio para fundamentar su teoría del valor mientras que Polanyi tiene una concepción antropológica que lo conduce a proponer otros modos de regulación diferentes a los del mercado. No es suficiente con "dar vuelta la sociedad", sino que hay que incorporar al cambio social una cuestión moral para que no se convierta en un simple autoritarismo.

La tercera alternativa que va a plantearse, también como consecuencia del análisis crítico de los años del período entre guerras y de la gran depresión, es la del economista austríaco Friedrich Von Hayek. Este es un liberal convencido que no considera que las causas de la crisis se debieron a fallas en el funcionamiento de las leyes del mercado. En 1944, en su libro más importante, *Camino de la servidumbre*, expondrá las tesis principales del liberalismo moderno, que luego son retomadas por otros economistas como Milton Friedman y sus colegas de Chica-

go. Para Von Hayek, el socialismo y la libertad son incompatibles y el papel del estado en un sistema capitalista debe permanecer limitado. Para mantener una sociedad libre, sólo la parte del derecho que consiste en reglas de “justa conducta” (es decir, esencialmente, el derecho privado y penal) debería ser obligatoria para los ciudadanos e impuesta a todos. Es la tesis ultraliberal, basada en la descentralización y la desregulación total de la actividad económica, que entiende incluso que la libertad individual no depende de la democracia política y que ser libre es, por el contrario, no estar sujeto, salvo en el caso de los derechos señalados, a la injerencia del estado. Hayek tenía en mente no sólo al nazismo alemán, al socialismo “stalinista” o al laborismo inglés, a los que llega a vincular sino sobre todo a la “aberración” teórica del keynesianismo, el cual, sin embargo, con sus políticas intervencionistas había ayudado a salir al capitalismo de la gran depresión de los años ‘30. Estas ideas neoliberales, como se las comenzó a denominar, terminarían finalmente de imponerse en todo el mundo hacia mediados de la década de 1970, y las razones históricas de ello resultan muy conocidas.

En primer lugar, la crisis económica que se produjo en las economías más desarrolladas en los años ‘70 constituyó el punto de inflexión de uno de los llamados “ciclos largos” característicos de la historia del capitalismo. El sistema entró en una nueva etapa recesiva, con caída de la rentabilidad en los sectores productivos, acumulación de capitales líquidos, inflación generalizada y desaceleración de las tasas de crecimiento. Pero esta vez no fueron las teorías neoclásicas las que se pusieron en cuestionamiento, como en los años ‘30, sino los paradigmas keynesianos o nekeynesianos, considerados los principales responsables intelectuales de la crisis.

En segundo término, la crisis del dólar, que fue acompañada bien pronto por la crisis del petróleo, significó en los países desarrollados el fin del “boom” de la posguerra, y la aparición de políticos como Reagan y Margaret Thatcher, que desregularizaron la economía de sus países y estabilizaron sus monedas. Resulta curioso comprobar que mientras que los gobiernos neoliberales del Primer Mundo (Thatcher, Reagan) jugaron la carta del nacionalismo, la política económica liberal en los países latinoamericanos fue profundamente anti-nacional, como lo hemos podido comprobar desde Martínez de Hoz en adelante. Por otro lado, la crisis de la deuda de los años ‘80 creó nuevas reglas de juego y de funcionamiento en los mercados financieros internacionales.

En tercer lugar, los cambios en la producción resultantes del pasaje a un modelo posfordista vinculado al prodigioso desarrollo del Japón y, luego, de los “tigres asiáticos”, la transnacionalización de las economías y el peso creciente de las empresas multinacionales, la reafirmación del libre comercio con la creación de la OMC, y sobre todo la desintegración del bloque soviético, que puso fin a la Guerra Fría, fueron los otros ingredientes de una notable transformación de la economía mundial, que iba a la par con el cambio en los paradigmas teóricos y en los esquemas ideológicos.

El cambio en las ideas acompaña en realidad una nueva revolución tecnológica que le sirve de sustentación: la revolución informática y de las comunicaciones. Si la primera revolución industrial reemplazó el músculo por la máquina, ahora se plantea el reemplazo del cerebro por la computadora, por lo menos para un número importante de funciones. La revolución en las comunicaciones constituye, a su vez, el segundo elemento clave para explicar el cambio en la economía y en las ideas económicas. Su principal característica, la instantaneidad de la información, incorpora el “tiempo real” que hace posible la intensificación explosiva de los flujos económicos y financieros en todo el globo.

El escenario estaba preparado para la aparición, en revistas vinculadas al mundo de los negocios o de la administración, como la *Harvard Business Review*, o autores de esa disciplina, como el consultor japonés Kenichi Ohmae, de la popularización del concepto de “globalización”, que se extiende luego a economistas e historiadores, a fin de explicar la conformación de mercados globales (financieros, productivos, comerciales y de servicios) y el advenimiento de un “mundo sin fronteras”. Francis Fukuyama, con su teoría del “fin de la historia” contribuye, por su parte, a restar historicidad al nuevo período, que no sería uno más sino el último en la trayectoria del capitalismo, pero no, por supuesto, en la acepción que le daba Marx como preludio del socialismo. La historia carece a partir de ahora de sentido, porque el sistema no tiene ya contradicciones que lo puedan llevar a su disolución.

Pero el cambio en las ideas no pudo producirse sin la caída del “socialismo real” que, como señala Krugman, no sólo ayudó a “desacreditar las políticas estatistas” en todo el mundo, sino también a asegurar a “los inversores que sus activos en los países en desarrollo no serían expropiados por los gobiernos de izquierda”. El nuevo punto de vista que aparece, apoyado por una constelación de actores nacionales e internacionales, entre los que se destacan instituciones y redes de líderes de opinión vinculados al capital mundial (FMI, Banco Mundial, bancos de inversión, empresas multinacionales) fue conocido como el “Consenso de Washington”, término que acuñó el economista John Williamson (Krugman, 1995). Los diez puntos expresados a través de este “consenso de ideas” que deberían presidir, a partir de allí, las políticas económicas de la economía global (y de las economías nacionales incluidas en ella), tienen como eje el control del gasto público y la disciplina fiscal, la liberalización del comercio y del sistema financiero, el fomento de la inversión extranjera, la privatización de las empresas públicas, y la desregulación y reforma del estado.

Los estados deben limitarse a fijar el marco que permita el libre juego de las fuerzas del mercado pues sólo éste puede repartir de la mejor manera posible los recursos productivos, las inversiones y el trabajo. La economía de bienestar desaparece y el individuo vuelve a ser así enteramente responsable de su propia suerte. El *homo economicus* resurge con toda su fuerza y la economía pasa a tener pri-

macía sobre lo político. El nuevo orden económico tendrá, por supuesto, sus ganadores y sus perdedores, resultantes del tipo de vinculación de cada uno con el mercado y con los valores principales que lo regulan: la rentabilidad, el libre cambio, la productividad, la competitividad y la flexibilidad del trabajo.

Numerosas instituciones, en diversos países, pero sobre todo en Estados Unidos, garantizan la difusión de estas ideas. Organismos económicos internacionales, a través de sus informes anuales o de sus asesores, o fundaciones de grandes empresas, que financian universidades y cátedras de economía y administración, ayudan a conformar el nuevo credo. Va diseñándose lo que algunos terminarán por denominar “el pensamiento único”.

El politólogo francés Ignacio Ramonet definirá las cuatro características principales de este pensamiento: es planetario, permanente, inmediato e inmaterial. Planetario, porque abarca todo el globo. Permanente, porque se supone inmutable, sin posibilidades de ser cuestionado o cambiado. Inmediato, porque responde a las condiciones de instantaneidad del “tiempo real”. Inmaterial, porque se refiere a una economía y a una sociedad virtual, la del mundo informático. El modelo central del nuevo pensamiento son los mercados financieros, que no tienen más como marco teórico de referencia, como en el caso de la economía productiva, las ciencias físicas o naturales o la química orgánica, sino la teoría de los juegos y del caos y la matemática borrosa. El núcleo duro del “pensamiento único” es la mercantilización acelerada de palabras y de cosas, de cuerpos y de espíritus (Ramonet, 1997: cap. IV).

El nuevo discurso dominante se desentiende de sus consecuencias. El desempleo, la desigualdad de ingresos, la pobreza y aún las diferencias en la educación y el nivel de conocimientos (contrapartida de la fuerte acumulación de riquezas que se genera en el más reducido polo de los ganadores) no constituyen una carga social ni deben ser atemperados por políticas del estado sino en última instancia. Es el propio sistema, generando –según los defensores del “pensamiento único”– una supuesta igualdad de oportunidades a través del crecimiento acelerado de las economías, el que brindará la solución a largo plazo mientras que, en lo inmediato, recae en la sociedad civil, a través de la acción privada y de instituciones no gubernamentales de distinto tipo, la responsabilidad de hacerse cargo de los excluidos del sistema.

Pero nada nos garantiza realmente que esto ocurrirá. Por un lado, se reiteran las crisis financieras (la de 1987, la del “Tequila” mexicano, la del sudeste asiático) mostrando una creciente inestabilidad del sistema, que no termina de revertir la fase recesiva del “ciclo largo” iniciada en los años ‘70, y revelando la incapacidad del “pensamiento único”, cuya confianza en las leyes del mercado parece inamovible, para ofrecer herramientas adecuadas a fin de superarla. Por otro lado, la “sociedad global” profundiza la brecha entre las “islas” de riqueza y de pobreza diseminadas en todo el mundo, y ya no sólo por la división geográfica

entre el “norte” rico y el “sur” empobrecido. Entretanto, la economía productiva es dominada por los mercados financieros, que constituyen lo que algunos economistas denominan una “economía virtual” o, directamente, de “casino”, con una permanente fuga hacia adelante de consecuencias imprevisibles, y la política por la economía, mientras que la difusión del “pensamiento único” a través de los medios de información aumenta su influencia en todos los aspectos de la vida económica, política, social y cultural.

La libertad absoluta de los mercados supone, en particular, el derecho de los capitales y de las empresas transnacionales a moverse por el mundo sin ningún tipo de controles mientras que, por el contrario, los gobiernos de los países en desarrollo deben sujetarse al control de los organismos internacionales para asegurar esa libertad de mercados. Hace muchos años ya el economista norteamericano James Tobin había propuesto una tasa del 0,5% a las transacciones de capitales, que ha dado lugar a la creación en varios países de ATTAC (Asociación por un Tributo a las Transacciones Financieras Especulativas y de Ayuda a los Ciudadanos) y hoy se abren paso la idea de otras tasas, como a las ventas globales de las empresas multinacionales, que reparten a su favor los costos pero no las ganancias (ahorran costos en unos mercados y venden en otros). Pues mientras la mayoría de los países, incluso los del primer mundo, desregularizan sus economías, flexibilizan sus políticas laborales y disminuyen los gastos públicos para hacer frente a las deudas externas o a los déficits comerciales, muchas empresas transnacionales o capitales volátiles escapan a todo tipo de reglas laborales o fiscales. Aprovechan impositivamente los paraísos fiscales y laborales de los países con sistemas salariales más deprimidos; deslocalizan y mueven sus empresas y capitales en función exclusiva de sus tasas de rentabilidad, dejando el peso de la carga fiscal y salarial a las poblaciones de las naciones afectadas. En este sentido, tanto los trabajadores de los países desarrollados como los de los más pobres soportan, cierto que desigualmente, un mismo tipo de carga.

Como señala el inglés William Hutton (que fue hace unos años asesor de Tony Blair), la idea de que “no podemos escoger, que estamos predestinados a ser como somos” y que la “única eficiencia posible a nuestro alcance es la que nos brinda la asignación de recursos del mercado”, constituye la doctrina “más insidiosa” de nuestra época (Hutton, 1997). Porque democracia y mercado no son términos intercambiables y, si la vigencia de la primera debe subordinarse a la persistencia del segundo, es decir, si los ciudadanos no pueden intervenir en el dominio de una economía cada vez más desconectada de lo social y a la que se le niega la posibilidad de utilizar los instrumentos de política necesarios para corregir los desequilibrios que el mercado por sí mismo no puede solucionar, la sociedad civil deja de tener sentido y se corre el riesgo de que otras aventuras totalitarias se levanten, como en los años ‘30, por sobre sus cenizas. Antes de que ello ocurra es necesario encontrar, lo más pronto posible, las alternativas sacrificadas en los altares del “pensamiento único”.

## **Bibliografía**

Hutton, William 1997 *The State to Come* (Londres).

Keynes, John Maynard 1931 *Essays in Persuasion* (Londres: Rupert Hart-Davis).

Krugman, Paul 1995 “Dutch tulipes and emergents markets”, en *Foreign Affairs*. Vol. 74, julio-agosto.

Ramonet, Ignacio 1997 *Géopolitique du chaos* (París: Galilée).

---

## *Lo nuevo y lo antiguo en materia de globalización y ajuste*

**Horst Grebe López**

**D**eseo comenzar expresando mi profunda satisfacción por participar en este panel, acompañado de personalidades intelectuales tan destacadas de América Latina, que ya han dicho cosas muy importantes sobre el tema central.

Por mi parte, me voy a referir a la pregunta sobre qué es lo verdaderamente nuevo en los temas de la globalización y el ajuste. Creo además que es mejor referirse a este aspecto de una manera más bien general, antes que tratar de focalizar la problemática especial de mi país, Bolivia.

Tengo la impresión, en efecto, de que la globalización constituye un fenómeno nuevo en algunos aspectos, y no tanto en otros. Las tendencias mismas hacia la globalización, entendida como una creciente internacionalización de la vida económica, con la ampliación consiguiente de las relaciones y la interdependencia en el mundo, no son nuevas. Tampoco es nueva la necesidad de que se realicen determinados acomodos por parte de las economías nacionales cuando cambian las relaciones estructurales y los contextos institucionales. Si bien es cierto que las cosas se repiten en la historia, hay que admitir que se repiten en contextos diferentes. Frente a las dos interpretaciones opuestas de que todo esto ya lo

---

\* Economista. Doctor en Economía Política de la Universidad de Economía de Berlín. Ha sido ministro de estado en las carteras de Trabajo y Desarrollo Laboral, así como de Minería y Metalurgia. Actualmente es Presidente de la Directiva de la Sociedad Boliviana de Economía Política y se desempeña como Director Ejecutivo del Instituto PRISMA.

vimos o de que todo es nuevo, es necesario diferenciar entre lo que constituye continuidad y permanencia dentro de un proceso de internacionalización que se despliega desde los orígenes mismos del capitalismo, por una parte, y aquello que es realmente nuevo en nuestra época, por otra. Hay necesidad de considerar además un tercer aspecto, que es el que se refiere a las fórmulas ideológicas con las que se acompaña todo este asunto.

Esto último es precisamente lo nuevo. En efecto, la globalización y su correlato, que es la necesidad del ajuste nacional frente a los grandes cambios internacionales, están siendo interpretadas de una manera totalmente ideologizada. Y esto tiene que ver con la propia dinámica de las transformaciones que vienen ocurriendo en los últimos quince a veinte años en América Latina. Resulta que la orientación de las políticas imperantes está fundamentada en ciertas fórmulas ideológicas que tienen cada vez más aceptación en las clases dominantes e incluso en los sectores medios y académicos de nuestros países. La presentación de la globalización como una panacea proporciona el soporte de las políticas de apertura de todos los gobiernos de la región, ninguno de los cuales ha logrado por consiguiente formular un proyecto nacional autónomo en los últimos veinte años.

Estamos, por tanto, ante la necesidad de discriminar aquello que representa un despliegue de las fuerzas productivas y capacidades de relacionamiento de la humanidad en su conjunto, es decir, de todo lo que constituye un componente progresista dentro de las tendencias globales, de aquello que constituyen las consecuencias, efectos e impactos deplorables sobre poblaciones desprotegidas porque los estados responden a una ideología que no corresponde a sus circunstancias de origen nacional.

Deberíamos trabajar una visión relativamente rigurosa de cuáles son los elementos distintivos de la transformación que sufre hoy en día el sistema económico internacional. Dentro de eso, es necesario recordar que tanto las economías nacionales como el sistema que se denomina “economía mundial” son configuraciones que se van construyendo en el tiempo. Por otra parte, ni la economía mundial es la sumatoria de todas las economías nacionales, ni las economías nacionales son totalmente independientes y contrapuestas a los fenómenos y procesos externos.

Hay una relación dialéctica entre la configuración de espacios internacionales cada vez más amplios de dominio de la relación capitalista y, más precisamente, de espacios de reproducción del monopolio capitalista, por un lado, y los espacios nacionales reservados al dominio de las políticas económicas dictadas de acuerdo a los intereses de cada país, por otro. Ocurre además que la frontera entre ambos espacios está localizada hoy en día dentro de cada país, de manera que no hay una relación de parte a todo entre economía nacional y economía mundial.

Ahora bien, el fenómeno de la globalización está ocurriendo en la economía mundial y tiende a engullirse a aquellas zonas que permanecen todavía bajo el ejercicio de cierta soberanía o autodeterminación en las economías nacionales.

En términos de cuantificación, a pesar de que se nos dice que casi el 75% de las exportaciones del mundo están gestionadas por una centena de empresas transnacionales y de que todo esto ocurre como si fuera un intercambio interno de las grandes corporaciones transnacionales, la verdad de las cosas es que aún hoy la gente consume el producto de sus connacionales prácticamente en nueve de cada diez casos. Por lo tanto, el fenómeno de la globalización real no excede todavía del diez por ciento de las transacciones económicas en el mundo.

Lo que pasa es que estos fenómenos reales quedan oscurecidos por otras dos circunstancias también reales. En primer lugar, por la universalidad que tienen las comunicaciones, lo que determina que con muy poca dificultad sea posible asistir colectivamente a los fenómenos y eventos que elige las veinticuatro horas del día la CNN en cualquier parte del mundo. Es ella la que selecciona los acontecimientos. Por otra parte, tenemos el movimiento del capital financiero especulativo.

Estos dos ámbitos están de verdad globalizados y operan, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, en tiempo real. Esto está afectando de manera espectacular a la capacidad de gestión de las políticas económicas a partir de un fenómeno incontrolable por ninguno de los estados, ni siquiera por la potencia económica más grande del mundo.

La autonomización del movimiento del capital financiero respecto de la economía real es probablemente una novedad contemporánea, y a esto se suma el hecho de que sus movimientos rebasan largamente las respuestas que se pueden dar a partir de los mecanismos democráticos de deliberación. El tiempo que toma la deliberación parlamentaria para la adopción de decisiones en el sistema democrático es absolutamente más largo en comparación con la capacidad de movimiento instantáneo de las decisiones del capital especulativo. Esto coloca una tensión gravísima entre la economía y la política, sobre lo que es necesario discutir seriamente: ¿cuán posibles son hoy decisiones nacionales para regular este tipo de fenómenos? Obviamente, la única respuesta equivocada consiste en adoptar una actitud pasiva ante tal situación. Es preciso, en cambio, crear las condiciones internacionales para afectar y regular este desbocado movimiento del capital especulativo.

Hay un segundo aspecto en cuanto a la configuración de la economía globalizada. Se trata del desplazamiento que vemos a lo largo del siglo XX de los centros hegemónicos. Recuerdo en esta ocasión las teorías de Raúl Prebisch en los años '50, cuando explicaba la necesidad de los modelos de desarrollo hacia adentro de América Latina a partir del análisis de los cambios estructurales que significó la transferencia de la hegemonía de Inglaterra a los Estados Unidos. Inglaterra era una economía abierta, con una necesidad enorme de materias primas y recursos naturales para su funcionamiento como el primer taller industrial del mundo. A diferencia de eso, los Estados Unidos llegaron a tener en determinado momento de los años '40 solamente el 2% de su producto geográfico bruto vincula-

do con el comercio exterior. Se trataba pues de una economía absolutamente cerrada, que obligó a su vez al cierre de las economías periféricas.

Al reflexionar sobre las estructuras globales es por tanto necesario considerar como están configurados los centros hegemónicos cuyas tensiones y pugnas intercapitalistas, políticas y económicas, determinan el tercer elemento a tomar en cuenta: la arquitectura de los sistemas internacionales de diálogo y negociación entre los estados. Hoy deberíamos reclamar incluso que en tales foros participen también las sociedades, y en cierta medida eso está ocurriendo de una manera *ad hoc* en algunos mecanismos internacionales.

Necesitamos examinar las estructuras institucionales que regulan el funcionamiento de la economía internacional, donde una de las características novedosas –que no se han destacado suficientemente hasta ahora– es que la Organización Mundial del Comercio (OMC) no pertenece al sistema de Naciones Unidas. Es la primera organización mundial con un enorme poder decisonal, de arbitraje y de sanción, que no está incorporada dentro del sistema que nace en las postrimerías de la derrota del fascismo y donde se colocaron la democracia, la paz mundial y el desarrollo bajo el mismo paraguas institucional.

No es casual que la OMC, en los últimos veinte años, se haya constituido por fuera de dicho sistema. Expresa, por el contrario, esta nueva manera de representación internacional de los estados, que poco tiene que ver con la diplomacia tradicional y con las estructuras de decisión colectiva en el Poder Ejecutivo y de control en el Parlamento. La representación de nuestros países ante este organismo de política económica está embargada respecto de cualquier supervisión democrática. Tal representación en realidad es cooptada desde las diferentes instituciones que conforman el “Consenso de Washington”. De tal manera, se puede afirmar que nuestros ministros de economía en los últimos veinte años en la gran mayoría de los países latinoamericanos, lejos de ser los reguladores de los flujos económicos internos, son los representantes y los agentes internos de un pensamiento y de una fórmula única de considerar al mundo, cual es la ortodoxia neoliberal.

De tal manera resulta de la mayor importancia que incluyamos en las reflexiones sobre la globalización y el ajuste el hecho de que las estructuras y las instituciones internacionales hoy en día forman parte de nuestro problema interno. Ocurre, sin embargo, que nos han sido expropiadas, fruto de la frivolidad que se irradia sobre estas cosas desde los medios de comunicación y desde las corrientes intelectuales y económicas más ideologizadas del neoliberalismo.

La lucha ideológica internacional es un componente importante de las tareas del futuro. No se puede retornar la rueda de la historia. El nuevo internacionalismo debe corresponder a los niveles del desarrollo tecnológico del mundo, lo que

implica la discusión y la búsqueda de instrumentos como aquellos que se han planteado en la convocatoria de este seminario.

Herramientas como la Tasa Tobin o la integración de los pueblos y no del capital en América Latina, son capaces de forjar una nueva conciencia apoyada en una nueva teoría adecuada a los tiempos.

Por otra parte, la realización de foros paralelos como el de Porto Alegre en enero próximo o los encuentros de la sociedad civil para evaluar los resultados efectivos de las cumbres de Jefes de Estado en Copenhague en 1994 o en Río de Janeiro en 1992 constituyen importantes pasos hacia la incorporación de la sociedad civil internacional en las luchas para detener la autonomía del capital financiero especulativo que ha tenido efectos devastadores en nuestros países.

---

## *Neoliberalismo y globalización en Chile*

José Cademártori\*

**G**racias a que hoy podemos contar con uno de los aspectos positivos de la globalización, el correo electrónico, tuvimos la oportunidad de compartir con nuestros amigos argentinos la idea de dar paso en nuestro continente y en nuestros países a ATTAC, este movimiento tan interesante que ha surgido primero en Francia hace tan poco tiempo y que ha tenido una expansión geométrica en ese país, en otros de Europa y ahora en América del Sur.

¿Por qué en Chile nos hemos adherido entusiastamente un grupo de economistas y de dirigentes sociales a este movimiento? Tenemos el triste privilegio de haber sido los primeros que sufrimos el experimento neoliberal. En 1975, cuando la dictadura estaba instalada firmemente después de haber nivelado el campo de juego, después de los asesinatos en masa, desapariciones, represiones de todo tipo, estaba en condiciones de experimentar este nuevo modelo económico. Estaba todo preparado. La Escuela de Chicago durante muchos años había venido preparando economistas, especialmente a través de un convenio que se firmó en los '50 con la Universidad Católica, mientras que en la Universidad de Chile todavía prevalecían criterios de la formación de los economistas en un ámbito mucho más amplio, culturalmente hablando, valorando todas las corrientes que nos permitían, nos siguen permitiendo, tener una visión más humana de esta ciencia que es la economía.

---

\* Economista e investigador. Presidente del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz (ICAL), Santiago de Chile.

Tuvimos el triste privilegio. Bajo esas condiciones que ustedes conocen el experimento tuvo éxito, pues no hubo quien pudiera oponérsele. Ni física, ni social, ni política ni ideológicamente, porque en las universidades arrasaron con todo vestigio de los pensamientos anteriores. Tenían tanto miedo a la competencia ideológica que simplemente prefirieron hacer desaparecer profesores y libros que recordaran otra época.

De esa manera el modelo chileno, como se lo llamó, fue importado; quien primero tuvo el “mérito” de utilizarlo en amplia escala fue doña Margaret Thatcher. Luego pasó a Estados Unidos con Reagan y de ahí se expandió por diversos países del Tercer Mundo y volvió a América Latina. Haciendo un recuento histórico breve, a mediados de los años ‘80 podríamos señalar un cierto orden: Bolivia, luego México y, a fines de los ‘80 y comienzos de los ‘90, Argentina, Perú y otros países en mayor o menor grado.

El modelo era conocido por nosotros, estudiantes de economía en los ‘50; habíamos leído y estudiado *Caminos de Servidumbre*, un libro muy importante de Von Hayek; habíamos conocido y estudiado la crítica a las economías extremas de mercado de los economistas de aquella época; creíamos que estaba superado todo eso. Sin embargo, las vueltas del destino son así; creo que ni el mismo Hayek pensó en aquellos años que alguna vez iba a tener un premio Nobel de economía y que sería considerado el padre de una escuela económica que se impondría de muchas formas no científicas precisamente en el mundo en una época determinada.

El neoclasicismo es la versión de la teoría económica del neoliberalismo, pues el neoliberalismo tiene un fundamento teórico económico, una escuela, pero también tiene un componente ideológico que va más allá incluso de la economía, al campo de la filosofía, de la política y de otros aspectos.

Era conocido porque en las primeras décadas del siglo XIX ya los socialistas premarxistas, socialistas ingleses muy interesantes de esa época, los socialistas utópicos, Marx, los post marxistas, todos habían hecho una crítica muy a fondo del liberalismo de aquellos años, que en esencia es el mismo fundamento que tiene el neoliberalismo actual, y que a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX era también el pensamiento único y dominante, hasta que vino la crisis del año 1929.

Pero no me quiero ir por ese camino. Defino ahora brevemente los resultados de ese modelo en Chile. La dictadura, pese a que estuvo diecisiete años, y que aplicó el neoliberalismo durante casi quince años o algo menos, terminó en un balance absolutamente fracasado, desde el punto de vista de los más rigurosos índices macroeconómicos. Desde el punto de vista del crecimiento es el más bajo respecto de las décadas anteriores; para qué hablar de la distribución de los ingresos, del nivel de vida de la gente, de la desocupación, etc., de la construcción de un

sistema productivo más poderoso. Desde todo punto de vista la economía de la dictadura fue un fracaso rotundo; si Pinochet es derrotado en el plebiscito de 1988, no sólo fue por un repudio de la gente a la dictadura como sistema político, sino que también lo repudió por los resultados económicos; tan es así que un año después, en la elección presidencial, la derecha y el neoliberalismo levantan al mejor hombre que tenían, el creador, el campeón de la economía neoliberal chilena en ese momento, Hernán Buchi, y es derrotado estrepitosamente, es repudiado por el pueblo ampliamente. El balance de la dictadura desde el punto de vista económico es simplemente desastroso.

Veamos el segundo balance, desde 1990 hasta hoy. Hay que reconocer, desde el punto de vista macroeconómico, “grandes éxitos”. Si medimos el PBI tenemos 7%, uno de los más altos indiscutiblemente de los últimos cincuenta años de la historia chilena. Crecimiento récord de las exportaciones y una balanza comercial de superávit que no se conocía antes. Un aumento notable de las reservas de divisas. Un aumento de los ingresos fiscales que permiten recuperar algunos de los elementos de la llamada “deuda social”: jubilaciones miserables, situaciones en los hospitales donde la gente tenía que llevar hasta sábanas para ser atendida, etc. Hay que partir de reconocer esos éxitos macroeconómicos de los diez años siguientes; pero desde 1994 se empieza a notar un cambio en el estado de ánimo de la gente, de la población: descontento. Algunos lo querían calificar como descontento moral, espiritual, desgano, desagrado, inseguridad. Hay un estudio del PNUD muy interesante sobre este tema que muestra ese malestar de la sociedad chilena, que está reflejado por fenómenos económicos muy concretos: el sistema ha tenido éxito pero es un sistema inseguro.

Una de las cosas que más exigen los capitales extranjeros es estabilidad, éste es el valor supremo: que la economía esté estable, pero estable para mantener el modelo y las tasas de ganancia. Pero no da ninguna estabilidad para la gran masa de la población, que no sabe cuándo va a perder el trabajo; si luego va a tener una jubilación que le permita sobrevivir; si se enferma y tiene una de esas enfermedades catastróficas, cáncer, corazón, si va a tener como pagar; que no se va a arruinar como se están arruinando muchas familias, en fin, una cantidad de fenómenos. Si esa gente va a poder superar el estrés que significa doce ó catorce horas diarias de trabajo, hasta los domingos, con una enorme parte de la población que no tiene vacaciones y que muestra un panorama sombrío.

Todo esto se empieza a agravar aún más a partir de la Crisis Asiática, que es un pretexto para echarle la culpa a alguien de afuera, pero el fenómeno y las contradicciones están adentro. Como sabemos, las semillas del fracaso están en los períodos de éxito. Mientras más brillante parece el panorama de la economía, más elementos de derrota están incubándose: eso es lo que está ocurriendo en Chile. No tenemos todavía grandes estallidos sociales como los que estamos viviendo en América Latina, en Argentina, en Brasil, en Ecuador, en casi todos los países, en

una u otra forma; pero también hay desde 1994 en Chile movimientos de protestas de los trabajadores, de los distintos sectores, de los maestros, de los trabajadores de la salud; ahora se suman los indígenas, inédito en todo un siglo, que están en un verdadero estado de levantamiento, defendiendo sus tierras, su territorio, que está siendo invadido por el proceso de transnacionalización.

El gobierno de la Concertación se reelige en diciembre en la segunda vuelta sólo porque parte de la izquierda más consecuente le da los votos para que pueda resultar elegida y rechazar la postulación de la derecha. En este momento, desde el punto de vista del apoyo real, efectivo, que mostró la elección presidencial, la Concertación perdió la mayoría. La puede recuperar y tiene que recuperarla por sí sola, porque de lo contrario la derecha, con una política demagógica extraordinariamente hábil, destinada a hacer creer que ellos representan un cambio para mejor, en circunstancias en que el propio Lavín, que es un economista liberal ortodoxo, va a seguir otro camino al que le dijo al electorado. Los electores le dieron una última oportunidad a la Concertación, pero están expectantes, están a la espera y dispuestos a luchar. Ya no se le tiene la confianza que se le tuvo en 1990/91, cuando la gente estaba dispuesta a esperar: “démosles una oportunidad, veamos los cambios, no hagamos olitas, no salgamos a las calles”, ésa era la voz de orden. Hoy día ya no: hoy son los portuarios, mañana los estudiantes universitarios luchando por las becas, pasado los pobladores que con las inundaciones se llenaron de agua porque las poblaciones se construyeron sin ningún control del estado en terrenos hundidos, etc., etc.

Lo que quiero, en resumen, es decir lo siguiente: nosotros en Chile comprendemos, como muchos en toda América Latina, que hoy en día las condiciones de un cambio social progresista son más difíciles. Tenemos que acotar las perspectivas y nuestras metas. Además tenemos que comprender los cambios que se han suscitado, que son muchos: no podemos ignorarlos, son de todo orden, en la conciencia misma de la gente. Pero además otra de las cosas fundamentales es la dimensión internacional de los problemas económicos.

La globalización está operando muy fuertemente y provocando todo tipo de fenómenos desconocidos, inéditos, que aún tenemos que ver. Entre ellos hay que señalar que la globalización está produciendo efectos muy negativos en la vida social de muchos pueblos, destruye la cultura, ataca la base de los valores en algunos países religiosos, se opone a esos valores de origen religioso, a los valores morales; destruye la convivencia familiar, destruye las fuentes tradicionales de vida, como la agricultura tradicional, los pueblos pequeños, la pequeña y mediana empresa. Todo eso está temblando, está en destrucción en muchas partes, la globalización tiende a eso. La capacidad que la tecnología da de concentrar los recursos, administrarlos a distancia, dividir y subdividir las fases de producción en infinitos procesos, subcontratar, etc., permite justamente eso, abarcar áreas en las que antes las grandes empresas no se metían. Ahora las grandes em-

presas se meten en todos los campos, en el comercio, en los servicios, en la distribución, en los bienes culturales, en el deporte, etc. Los espacios de vida tradicionales de nuestras sociedades tercermundistas están siendo destruidos, y eso está pasando también con las condiciones de vida de los indígenas. No es sólo el problema de Chile: es el problema de Bolivia, Perú, Ecuador y de muchas otras poblaciones. Ahora nos damos cuenta de que en América Latina hay millones y millones de indígenas.

Entonces hay una dimensión internacional que hay que rescatar, y felizmente nos estamos dando cuenta de esto en muchas partes, en muchos países. Hace poco estuve en Estados Unidos y pude palpar ciertos fenómenos: hay mucha gente allá que los está señalando. Hay una agitación, un malestar. Tomen nota de que la economía norteamericana ha vivido los mejores diez años de los últimos decenios, con un crecimiento espectacular, una tasa de desempleo muy baja. ¿De qué se quejan entonces? Se quejan de las mismas cosas que yo señalaba de Chile: exceso de trabajo, mercantilización, individualismo, comidas chatarra, peligros en la alimentación y en el tipo de vida. Todo eso está produciendo malestar entre mucha gente, además de la juventud de las universidades, hoy día más cultas gracias a Internet y al intercambio de conocimientos que permite que la gente se comunique, discuta. Entonces tenemos un movimiento como el de Seattle, que ha pillado de sorpresa a los grandes poderes: no se pudo hacer la sesión inaugural, tampoco la de clausura y la reunión misma fracasó porque por primera vez un buen número de gobiernos de países subdesarrollados, que hasta ahora inclinaban la cerviz al modelo transnacional, empiezan a agitarse, a decir que “no nos están tomando en cuenta, se están poniendo de acuerdo cuatro o cinco personas, Estados Unidos con la Unión Europea y nosotros qué vamos a decir aquí, a qué nos han invitado”. Hay gobiernos del Tercer Mundo que ni siquiera tienen asesores capaces de poder saber qué es lo que están discutiendo, ya que cada uno de estos convenios internacionales tienen miles de cláusulas.

Esta dimensión internacional es muy importante, el entendimiento, el debate, la acción conjunta. Celebro por ejemplo que en octubre próximo se hará la Marcha Mundial de Mujeres; que ellas no sólo están preocupadas por sus problemas específicos, también por los de todos y, con toda razón, apuntan al FMI y al BM. Hoy día en el mercado de trabajo son las que tienen más desempleo, más que los hombres, de tal manera que este movimiento, que es multivariado, en el que están ecologistas, las mujeres, los consumidores, los estudiantes universitarios, los sindicatos, etc., es una ruta que hay que transitar. Lo que hay que hacer es meterse en esa corriente y ayudar a impulsarla, de esa manera vamos a fortalecer nuestras propias capacidades para hacer los cambios que necesitamos en nuestros países.

Esta iniciativa es muy oportuna. Celebro que los economistas argentinos, que son muy capacitados, pues en este país hay un buen número de economistas no ortodoxos y otros científicos de gran nivel, reconocidos internacionalmente, hayan

tomado la iniciativa. Nosotros venimos con mucho agrado, creo que brasileños, uruguayos, de todos los países de América Latina estamos en una mayor disposición para trabajar en conjunto. Tenemos muchos temas en común. Hay urgencias, apuros y se les reclama soluciones a los científicos sociales por parte de los sindicatos y de los movimientos populares. Soluciones y propuestas frente a las crisis. En Argentina ahora hay una crisis tremenda con el sistema de la convertibilidad que ha producido efectos que ustedes conocen mejor que yo; sin embargo hay quienes quieren mantenerlo y agravarlo. La dolarización de la que también se habla en Chile es simplemente entregarle la llave de la casa a la Reserva Federal para que manejen todo. No tenemos soberanía, renunciamos a tener política monetaria, a tener política económica, renunciamos a todo, convirtámonos en un nuevo Estado Asociado. Hacia allá van las cosas y si cae Argentina vamos a caer muchos otros fácilmente. Aquí se está jugando una lucha muy importante. La actividad, el papel que pueden desarrollar los economistas, los académicos, los universitarios, los estudiantes, es decisivo, muy importante, para hacer cambiar la situación en nuestro continente.

---

## *Una evaluación del modelo económico argentino a partir del endeudamiento externo*

Héctor Valle\*

**Y**o quisiera ocuparme de algunas consideraciones con respecto al problema de nuestro endeudamiento externo, diciendo que el tema de la deuda externa es un buen punto de partida para hacer una evaluación en perspectiva del modelo económico que la Argentina adoptó a principio de los años '90. El tema de la deuda, los vínculos con el modelo y sus impactos a futuro, son cuestiones que deben ser ineludiblemente estudiadas a la hora de seleccionar las mejores políticas para tratar el tema de la deuda, para no caer en voluntarismos y para tratar de encontrar la raíz profunda, el núcleo duro de esta difícil situación a la cual hemos sido llevados.

Como ustedes saben, en la Argentina rige, desde principios del '91 hasta el presente, un muy particular sistema de caja de conversión con tipo de cambio fijo y con una moneda pegada a otra que se ha revalorizado fuertemente en los últimos años; a otra de un país con el cual tenemos generalmente saldo comercial negativo. Este esquema de la convertibilidad, en lo que hace al crecimiento económico, se muestra particularmente sensible al comportamiento de las corrientes internacionales de capital. Se advierte claramente, si uno compara la evolución, por ejemplo de los niveles generales de actividad con los movimientos de capitales que ingresan y salen de la Argentina, que hay una correlación casi exacta en-

---

\* Licenciado en Economía Política, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires. ILPES-CEPAL 1965/6. Posgrado en Desarrollo Económico. STAYE en Desarrollo Económico en la Universidad de Grenoble, Francia, 1972/73.

tre las fases de crecimiento económico o de recesión con las entradas o salidas de capitales. Casi diría que los movimientos que se registran por el lado de los niveles de actividad sobreactúan el impacto que tienen los cambios en las corrientes de capital. Así, por ejemplo, si uno considera el período 1991-1994, o sea la edad dorada de este esquema de la convertibilidad, advierte que la economía argentina crece muy fuertemente y que conjuntamente a la política económica actúa procíclicamente. Y si se considera lo que pasó a partir del efecto Tequila y, sobre todo, el último año y medio en particular, se advierte que no sólo la economía tiene un fuerte descenso en sus niveles de actividad sino que además le cuesta mucho volver a recuperar el ritmo de crecimiento, un ritmo de crecimiento aceptable.

Hay otro dato que se debe considerar, que habitualmente no se toma en cuenta pero que en procesos de deflación como el que vivimos es muy importante. Todos tenemos la sensación térmica de que la economía anda realmente mal y esto parecería contradecirse con las cifras del Producto Bruto. Uno dice: “La economía anda mal”, pero el Producto Bruto sólo cayó el 3% y en el primer trimestre del año 2000 habría crecido del 1% al 1,8%. Pero si eso lo ponemos en valores corrientes, si le agregamos a los datos reales de la economía la evolución de la deflación, advertimos un panorama bastante diferente y bastante tétrico; advertimos, por ejemplo, que la caída del Producto Bruto en términos corrientes es del 5,4%, que la caída en el nivel de actividad industrial es del 8% en el año 1999, que la caída en el sector comercial es del 11%, y que la caída del sector agropecuario es del 25%. Y creo que eso refleja mucho mejor la sensación térmica de la gente porque es la plata o el ingreso que tienen los sectores efectivamente en su bolsillo, más que los datos medidos a valores constantes. Digo esto porque parece que este dato importante, que la sensación térmica y la real situación de ingreso de la gente, no parecen haber sido tomados en cuenta cuando se decidieron a lo largo del corriente año ciertas políticas, que apoyaron el ajuste esencialmente al aumentar la carga tributaria sobre los ingresos medios y bajos de la población o al producir un recorte significativo de salarios en la administración pública. La respuesta que se tiene en esos casos es como si se hubiera sobreactuado el impacto de las decisiones tomadas, y eso es porque la situación real de ingresos de los sectores de la economía y, por lo tanto, de los actores económicos que participan de la misma, es mucho más grave de lo que aparentan los datos fríos a nivel macroeconómico. Y digo esto porque una de las características que tiene el modelo que estamos viviendo es que quedan pocos grados de libertad a la hora de elegir políticas, por ejemplo para ajustar las cuentas públicas, porque el esquema de política económica en el cual estamos no es solamente un esquema de política económica de caja de conversión con tipo de cambio fijo. Dentro del mismo contexto de política económica hay una determinada política de privatizaciones, hay una determinada política del manejo de la cuestión salarial, hay una determinada política de ajuste de las cuentas públicas que son coherentes entre sí. Sería incoherente, por ejemplo, pretender hacer compatibilizar una política de tipo cambiario,

o del tipo de la llevada a cabo con las privatizaciones, con una política salarial más progresista o con una estructura fiscal más progresista.

Todo esto viene a cuento porque si algo se advierte es que este modelo de política económica en el cual estamos a lo largo de los '90 es un modelo muy dependiente del financiamiento externo. Por lo tanto, los que manejan la economía viven pendientes permanentemente del tipo de señales que emiten hacia los sectores de la comunidad financiera internacional, y por eso las decisiones que se toman en materia de política económica, por ejemplo en torno del ajuste, son todas decisiones orientadas a obtener un gesto de simpatía de parte de la comunidad internacional de negocios. Y esto es así porque el modelo es extremadamente dependiente del financiamiento externo, es un modelo –como se ha llamado– “capital externo-dependiente”. Cuando decimos “capital externo-dependiente” tendríamos que considerar por lo menos tres fuentes de ese financiamiento externo: el balance comercial, los ingresos de inversiones de riesgo, y las inversiones extranjeras directas y el endeudamiento.

Si uno analiza lo que ha pasado a lo largo de la convertibilidad o de este modelo, pueden distinguirse claramente varias fases, pero hay un rasgo común: esas etapas de crecimiento que señalaba hace un rato, entre las que por lo menos se pueden distinguir tres, generalmente van acompañadas de fuertes tensiones hacia el desequilibrio del balance comercial. Y esto porque el tipo de orientación productiva de la Argentina y el tipo de orientación de la inversión que tuvo lugar en la Argentina han llevado a una oferta de bienes muy integrada por importaciones, muy dependiente de las importaciones. Desde la época de la sustitución de importaciones en los años '70 hasta el presente ha habido un cambio sustancial en la estructura productiva, en la cual, por ejemplo, por cada punto que crece el producto son requeridos aproximadamente cuatro puntos de crecimiento de importaciones, de modo tal que en la fase de crecimiento 1991-1994 o 1996-1998 se advierte claramente que el crecimiento implica una fuerte demanda de importaciones, que la respuesta en materia de exportaciones es mucho más tenue y que, en consecuencia, tenemos una fuerte pulsión al desequilibrio comercial. Entonces, una de las fuentes de divisas que tiene la economía tiene signo negativo, y ese signo negativo es responsabilidad exclusiva del sector privado.

La otra cosa que se advierte es que en la primera etapa del modelo de convertibilidad, atraído por el proceso de las privatizaciones, la Argentina tuvo un acceso importante a inversiones extranjeras directas. De hecho, en algunos años, la inversión extranjera directa aportó la mitad de los recursos necesarios para llenar el desequilibrio de pagos; esto se corta bastante abruptamente en el año 1995 y, a partir de entonces, el tipo de inversión extranjera directa que se registra acentúa una tendencia que ya se había visto en años anteriores, que es el cambio de manos de paquetes accionarios. El caso típico es el año pasado, cuando el Ministerio de Economía exhibió como un resultado muy atractivo la cantidad de inversión extranje-

ra directa que ingresó y nos dijo en un rincón que, en realidad, esta inversión extranjera que entró es esencialmente la compra del paquete accionario de YPF por Repsol y que, por el contrario, la inversión extranjera directa dirigida a la actividad industrial apenas alcanza los 1.500 millones de dólares. Entonces, ¿cuál es la fuente de financiamiento que le queda al modelo? La deuda externa.

Un modelo de este tipo se caracteriza, entonces, porque el campo productivo es particularmente dependiente en materia de importaciones y porque la estructura de precios relativos que se ha creado a partir de la convertibilidad discrimina fuertemente en contra de los sectores transables y a favor de los sectores no transables de la economía. Por lo tanto, en ese sentido se orienta la inversión, teniendo en cuenta que la cuota de inversión que pueden atraer los sectores no transables, que son los vinculados esencialmente con las privatizaciones, está agotada: a partir de ese punto se dará, entonces, una fuerte dependencia en materia de endeudamiento. Cuando uno analiza –sobre todo a partir de 1995– qué ha pasado con este endeudamiento externo, que es el tema que en gran medida nos convoca, advierte que sin embargo el endeudamiento, sobre todo el que toma el sector público, excede largamente en más o menos 30 mil millones de dólares lo que es propiamente su necesidad propia de divisas. Es como si uno pudiera hacer dos balances. El sector público necesita de divisas para amortizar su deuda y pagar los servicios y, por lo tanto, toma deuda; el sector privado precisa divisas para pagar el saldo negativo del balance comercial y precisa divisas para pagar utilidades, dividendos e intereses de su propio endeudamiento y, por lo tanto, toma deuda también pero lo que se advierte es que hay un excedente.

¿Qué hace con la deuda el sector público? Paga sus compromisos y aumenta la posesión de reservas y uno lo que advierte es que después de diez años de funcionamiento del modelo, la cantidad de deuda que ha tomado el sector público excede en casi 20 mil millones de dólares lo que precisó para atender sus propios compromisos y lo que precisó para aumentar la posesión de reserva y, de esta forma, poder emitir moneda, porque es la única forma que tiene el modelo de emisión de moneda. ¿Qué pasó con esos recursos? Se advierte que esos recursos coinciden exactamente con el saldo negativo que hay entre lo que el sector privado tomó en el exterior y lo que efectivamente precisa. O sea, que el endeudamiento del sector público está financiando una parte sustancial de los pagos que hace el sector privado al exterior. Obviamente se convierte en un mecanismo muy similar al que la Argentina vivió en la época de Martínez de Hoz, pero con una diferencia: que se muestra como exponencialmente creciente, las curvas son de una pendiente muy aguda y, en segundo lugar, para bien o para mal, no existen en el futuro activos públicos que el estado pueda vender a bajo precio como se hizo en la ocasión, con el plan Brady en los años 1990-1993 para atender la deuda acumulada. De modo tal que la Argentina tiene un problema serio en ese terreno.

Yo en este tema creo que la contrapartida de ese endeudamiento excedente que tomó el gobierno hay que buscarla por un viejo artilugio de la contabilidad

creativa que utilizan nuestros gobernantes, que son los libramientos impagos que se acumulan a fin de año, porque –como ustedes saben– sea por libramientos impagos a proveedores, sea por IVA no pagado a los exportadores, siempre quedan a fin de año movimientos no contabilizados que, sin embargo, se convierten en deuda. Y cuando uno advierte que los principales perceptores de esos papeles son aquellos que tienen una responsabilidad muy grande en la salida de capital que produce anualmente el sector privado, porque generalmente son los grandes contratistas y los grupos económicos vinculados con la infraestructura y demás los perceptores de esos bonos del estado, uno puede llegar a la conclusión de que por ahí cierra el por qué el sector público toma más deuda de la que precisa y por qué esa deuda está financiando la salida de capital que hace el sector privado.

Para terminar, creo yo que una propuesta de revisión del tema de la deuda, el camino por el cual tiene que entrar para encontrar una solución razonablemente definitiva, es el camino de la evaluación crítica de este comportamiento de la economía y del comportamiento de los grupos económicos que están liderando este proceso que está llevando adelante la economía. Y, por lo tanto, una propuesta que se centre únicamente en el reclamo en el sentido de moratoria o de postergación de pago tiene poco futuro en tanto sigan funcionando estos mecanismos y en tanto no se toque el eje, el núcleo duro del problema que es el funcionamiento de este modelo de política económica en el cual está metida la Argentina desde hace una década.

---

## *La tiranía de los mercados*

Sylvia Ruiz Moreno\*

### Introducción

**Y** o quisiera ocuparme de algunas consideraciones con respecto al problema de nuestro endeudamiento externo, diciendo que el tema de la deuda externa es un buen punto de partida para hacer una evaluación en perspectiva del modelo económico que la Argentina adoptó a principio de los años '90. El tema de la deuda, los vínculos con el modelo y sus impactos a futuro, son cuestiones que deben ser ineludiblemente estudiadas a la hora de seleccionar las mejores políticas para tratar el tema de la deuda, para no caer en voluntarismos y para tratar de encontrar la raíz profunda, el núcleo duro de esta difícil situación a la cual hemos sido llevados.

Lo que sigue es un ensayo de reflexión sobre las particularidades discursivas que envisten de legitimidad las relaciones internacionales de hegemonía en el momento actual y desde la perspectiva de América Latina –como nuestro objeto de análisis y como lugar desde donde hilvanamos estas ideas.

En ese sentido, proponemos una lectura de los fenómenos asociados a la “globalización” y la post-Guerra Fría, y de lo que esto significa para América Latina, desde un marco teórico gramsciano, según se evidencia ya en estas primeras palabras, que nos permita asentar nuestra hipótesis sobre la “naturalización” del carácter decisivo del mercado en todos los actos de nuestra vida.

---

\* Licenciada en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

Es decir, que el discurso hegemónico legitima la imposición de todo tipo de medidas políticas, sociales, laborales, etc., proponiendo una lógica que encubre la existencia de relaciones de dominación, que son políticas, y no fatalmente naturales –como las leyes físicas o biológicas. Ese encubrimiento implica la imposibilidad de proponer modelos alternativos de vida –de relaciones sociales, de desarrollo económico, de acción política, de expresión cultural, etc.– en nuestras sociedades. Por eso decimos que se plantea como una tiranía global: “la tiranía del mercado”.

Para analizar las implicancias de este fenómeno tomamos como punto de partida la recuperación de una hipótesis de trabajo sobre la definición del *discurso político hegemónico* en la América Latina del fin de siglo, y la complementariedad del pensamiento “neoliberal” y el “deconstructivista”, concentrándonos en la tópica del “poder omnipresente del mercado” que localizamos como una de las subyacentes a este discurso.

Entonces, en la primera parte de este trabajo, proponemos algunas ideas sobre cómo se construye el *discurso político hegemónico*<sup>1</sup>, en relación al ámbito de anclaje de esta tópica, que es el sistema –económico– internacional, desde la perspectiva local (argentina y latinoamericana en general). Una vez establecido el *discurso político hegemónico*, en la segunda parte podemos dirigirnos a su interior para analizar nuestra hipótesis sobre la articulación de las teorías “neoliberales” y “deconstructivistas”. La crítica a estas propuestas de interpretación teórica nos permitirá por una parte establecer nuestras propias definiciones que articulan la noción de *discurso político hegemónico*, con la que habíamos trabajado en la primera sección; y por otra parte, nos permite indicar el vínculo que establecemos entre los debates teóricos y las transformaciones sociales. Finalmente, se esbozan algunas reflexiones sobre las posibilidades de salir de esa cosmovisión que no ofrece alternativas ante un escenario que resulta apocalíptico, tanto por sus consecuencias trágicas como por su devenir aparentemente anodino.

## **Perplejidades del fin de la Guerra Fría en América Latina**

Para hablar de la dimensión internacional del *discurso político hegemónico*, debemos primero dirigirnos hacia la caracterización de las relaciones de hegemonía a nivel internacional, como parte del bloque histórico que se legitima a través del *discurso político hegemónico*<sup>2</sup>. Aunque no podemos desarrollar en este trabajo sencillo las características generales que asume el bloque histórico en América Latina, creemos en la necesidad de señalar en particular algunos aspectos de la construcción hegemónica internacional en el contexto de la Guerra Fría y su resignificación a partir del fin de la bipolaridad Este-Oeste.

Coloquemos como fecha inicial 1945: el fin de la Segunda Guerra Mundial marca el comienzo de una nueva era para el orden internacional, que tiene conse-

cuencias cruciales para América Latina, porque señala el comienzo de la hegemonía norteamericana, a nivel internacional –la *Pax Americana*, en términos de Eric Hobsbawm– que incide en especial sobre el resto del continente, que constituye su área de influencia desde fines del siglo XIX.

Antes de la Guerra Fría ya existía una capacidad de presión y legitimación desde lo económico, en nombre del progreso, como lo muestran los debates de las conferencias panamericanas y las intervenciones militares en Centroamérica, pero esta incidencia era muy desarticulada, sobre todo por la fuerte presencia de Europa que ejercía un contrapeso, aunque esto varía según los países. Es difícil hablar de América Latina como conjunto homogéneo –sin duda no lo es– pero sí hay un mínimo denominador común, que es el de estar del lado de los “periféricos” frente a los “hegemónicos”.

Durante los “años dorados” del Estado de Bienestar y las ideologías contundentes, se desarrolló bajo la égida norteamericana la construcción hegemónica en torno del alineamiento al bloque occidental –el poderoso “Leviatán” liberal– contra el “Behemoth Comunista”. El juego de los fantasmas retóricos y argumentativos sobre lo que puede suceder si las ideas diferentes se convierten en realidad, si la *praxis* sucede a la especulación teórica, si la ciencia se mueve más allá de los estrechos límites del paradigma hegemónico, ocultaba la impresionante transferencia de riquezas que del centro a la periferia se fue verificando en las décadas que sucedieron a la Segunda Guerra Mundial.

No vamos a desarrollar aquí la interesante cuestión de cómo operaron estas relaciones norte-sur, con el respaldo del *discurso político hegemónico* del Occidente capitalista y democrático –aunque eso de democrático es más confuso. Pero si decimos Doctrina de la Seguridad Nacional tal vez resulte más claro de qué estamos hablando. Pensemos en el financiamiento y entrenamiento de las Fuerzas Armadas de América Latina para luchar contra ese “enemigo común” que, desde ese 1° de enero de 1959 –o un poco después para ser más exactos con la trayectoria de la Revolución Cubana y su acercamiento a la URSS– tenía puesto un pie en el continente, y para peor tan cerca de las costas norteamericanas.

Ya conocemos las consecuencias que aquella virtual partida de ajedrez entre bloques de potencias tuvo para los “peones”, y que hasta el día de hoy se manifiestan en las sociedades empobrecidas, represivas –más allá de la democracia formal–, políticamente apáticas, llenas de prejuicios ideológicos y hasta teóricos en el ámbito académico. Una herencia concreta de todo aquello, que estalló en forma de crisis económica esparcida por toda la región hacia 1982, es la deuda externa<sup>3</sup>.

Deuda que tiene un componente económico y de “mercado”, en vistas del encuentro entre el exceso de capitales procedentes del alza del petróleo en 1973 y 1978, y las condiciones favorables que ofrecían los países latinoamericanos por aquellos años. Pero también tiene un correlato político, que no sólo se relaciona

con la ilegitimidad de la mayoría de los gobiernos que contrajeron los créditos –como sostienen los partidarios del no pago de la deuda–, sino también –aunque no sea tan fácil de comprobar– en la consideración estratégica que se habría tenido en cuenta a la hora de extender los créditos, para evitar que la recesión internacional de los ‘70 provoque, en esos lugares políticamente movilizados y con economías desgastadas, la temida crisis social; y a la vez, acondicionar los mecanismos represivos para contener coactivamente lo que la ficticia reactivación financiera no puede paliar.

Luego de la Guerra Fría, cuando se despejó el último remezón de conflicto este-oeste de los ‘80 y desaparecieron los viejos fantasmas, el nuevo monstruo que se venía construyendo desde tiempo atrás hizo su aparición formal para legitimar los planes de ajuste del FMI, encubierto bajo el velo de la uniformidad posmoderna e, incluso, del planteo de “nuevos enemigos” como las culturas que se resisten a convivir con el resto “civilizado” del planeta (el “choque de culturas” de Huntington).

Las características de aquello que hay que conjurar son ahora más difusas y difíciles de aprehender: ya no es el “Behemoth” sino, simplemente, el “apocalipsis”; “el fin”, derivado no ya de la cólera divina sino de la Crisis Económica, así con mayúsculas, porque es la crisis terminal, el fin de las reglas sociales que pautan la convivencia en las sociedades capitalistas que, en una versión economicista –y por lo tanto reduccionista– del contractualismo dieciochesco, resultan ser las reglas del juego en el mercado, según las doctrinas liberales. Y luego, el caos absoluto, la supervivencia del más fuerte, la lucha de vida o muerte por los bienes escasos, pero ¿no es eso el mercado dejado a su albedrío, sin regulaciones estatales? Parece que no, que la Crisis sobreviene cuando no se cumplen las “metas” que hacen posible que se extiendan créditos que irán, en gran medida, a cubrir los intereses de la deuda, y cuando los capitales extranjeros deciden que no están dadas las condiciones para invertir, porque no se cumple con los pagos a los acreedores, porque no están hechas las “reformas estructurales en la economía”, porque los gobiernos no garantizan la rentabilidad de las inversiones<sup>4</sup>.

Así, por un pase mágico se logra la continuidad de las relaciones de hegemonía establecidas a mediados del siglo XX sobre la base de un nuevo discurso legitimante que, sin embargo, no es del todo novedoso, porque sus cimientos se instalan –como hemos visto– en el instante más álgido de la Guerra Fría, resignificando sus argumentos al haberse disipado los fantasmas ideológicos, es decir, al haber perdido su capacidad ordenadora del imaginario social, el juego de pares antagónicos-complementarios entre liberalismo y socialismo.

Las premisas del nuevo *discurso político hegemónico*, de la relación nortesur, pueden sintetizarse en una expresión afirmativa –cada vez menos convincente y desdibujada ante la evidencia de los primeros resultados de la aplicación del modelo económico que ese discurso viene a legitimar: la reconversión de la economía para acceder al “Primer Mundo”, o para insertarse en el “nuevo orden

mundial”. La expresión negativa, que cada vez se transforma en la parte más fuerte de la argumentación, acorde con el diagnóstico de apatía política y carencia de proyectos y utopías: el temor al “rugir de los mercados”, que puede ocasionar el “caos económico”.

Ambas se basan en premisas liberales clásicas: la objetividad del mercado y la aceptación de las reglas del libre mercado como vía al progreso, aunque en este caso ni siquiera con ese objetivo positivo sino con uno más limitado y negativo: evitar el caos económico.

También implican la desarticulación de los sujetos sociales que habían sido centrales hasta el fin de la Guerra Fría: en términos prácticos, como resultado de los programas de “ajuste” neoliberales, que incluyeron desmontar el aparato del Estado de Bienestar y, en el discurso, con la colaboración de las versiones sobre la posmodernidad, neoliberales y deconstructivistas, montadas en el dato de la realidad de la caída del Muro de Berlín y de la Unión Soviética. Aquí nos vamos a detener para ver cómo funciona la coexistencia de aquellas corrientes teóricas en la fundamentación filosófica del *discurso político hegemónico*, en la tónica del “mercado”.

### **El discurso político hegemónico entre la racionalidad neoclásica y el postmarxismo deconstructivista**

Hay que prestar muy seria atención a la forma en que aparece el miedo a la reacción de “los mercados”. La cuestión no es enteramente nueva: el derrumbe económico-social (estructural) es una de las hipótesis del socialismo, analizada científicamente por Marx, desde mediados del siglo XIX. Pero ese derrumbe tenía un componente liberador, progresista: cuando las fuerzas productivas lleguen a su máxima expansión en el marco de determinadas relaciones sociales de producción, romperán esas relaciones limitantes y del conflicto surgirá un nuevo modo de producción. Según esta perspectiva, la historia universal es la historia del progreso del hombre y la marcha hacia la emancipación humana. Así, el fin del capitalismo será una experiencia liberadora<sup>5</sup>.

A partir de la crisis del ‘30 el derrumbe económico aparece como una realidad vivida y recordada con una angustia semejante al recuerdo de la Primera Guerra Mundial, que en esos momentos era muy reciente en Europa. Para los países industrializados la experiencia de una crisis económica y social profunda y prolongada durante varios años resultaría tan traumática que se recordaría –y así lo siguen recordando las generaciones sucesivas que estudian en los colegios y las universidades o toman contacto con ello a través de los documentales televisivos–, como “La Gran Depresión”. El hecho de que la expresión aluda a un término propio de la jerga económica, no alcanza para disuadirnos de su connotación psicológica y su carga emotiva.

En América Latina, donde los '30 transcurrieron dificultosamente, pero con menores sobresaltos que en el norte, la Crisis de la Deuda de los '80 fue generando, en distintos momentos de la década, experiencias de hiperinflación y sensación de derrumbe económico. En la Argentina, el recuerdo de la crisis económica de la Dictadura –que fue amortiguada a nivel de la sociedad civil por el estado que la absorbió– quedó eclipsada por el episodio más reciente de la hiperinflación de 1989. Sobre la base de ese recuerdo se montó la reforma estructural de la economía argentina durante los gobiernos de Carlos Menem. Al momento de escribirse este trabajo, cuando la era menemista ha quedado atrás, podemos notar que ese temor al caos económico pervive en la ciudadanía y continúa legitimando las políticas de “ajuste”.

La constatación de este mismo fenómeno en otros países de la región, donde cambian los gobiernos pero la política económica y su sustento teórico permanecen inamovibles, nos conduce a pensar más allá de la coyuntura específica y variada de Latinoamérica, en lo que aquí proponemos como una posible explicación, que es la transformación de las premisas ordenadoras y legitimadoras de un sistema internacional hegemónico, una vez que se perdió el sustento de las ideas de la Guerra Fría.

La hipótesis consiste en afirmar que esas nuevas premisas tienen un aspecto “deconstructivo”: la desarticulación de los principios teóricos propios de la Modernidad –como las nociones de progreso e historicidad sustentadas por el marxismo en sus diversas vertientes–, y un aspecto “afirmativo”, simbolizado en las teorías neoclásicas, sobre la omnipresencia del mercado. Para desarrollar esta idea debemos remontarnos a un momento relativamente reciente de los debates teóricos acerca de la política y la sociedad contemporáneas.

Durante los años '80 un grupo de intelectuales que se identificaban con la tradición socialista iniciaron una polémica acerca de la actualidad del marxismo para explicar los fenómenos relacionados con la crisis del Estado de Bienestar. En *Hegemonía y Estrategia Socialista* (1987), Ernesto Laclau y Chantal Mouffe afirmaban que las teorías que habían sido predominantes en la modernidad –en especial las de Marx y sus seguidores– habían quedado perimidas, postulaban la imposibilidad de la sociedad y los análisis que la abordaban como un todo, y declaraban que las categorías propuestas por Marx, Gramsci y demás pensadores del socialismo debían ser entendidas como contingentes y sujetas a la especificidad de su contexto histórico. La manera de acceder a estos fenómenos tan difíciles de asir es la teoría del discurso, entendida en términos de configuración significativa.

Las críticas abundaron en el ámbito de la intelectualidad de izquierda, azorada por la abrupta desautorización del autor de *El Capital* y el anuncio de la llegada del “posmarxismo” como propuesta teórica, pero también política, reivindicativa del radicalismo democrático como meta del socialismo. Las réplicas se centraron precisamente en la vigencia de las nociones marxistas, así como en la pertinencia del análisis del discurso –que fue blanco de algunas ironías<sup>6</sup>.

Los autores definen *discurso* como un conjunto sistemático de relaciones por el que adquieren significatividad los objetos. En ese sentido, podemos decir que todo lo que hasta aquí se ha descrito como las transformaciones del sistema internacional y sus implicancias para América Latina desde los inicios de la segunda posguerra puede ser entendido como nuestra articulación de un “discurso” que pretende dar “significatividad” a una serie de acontecimientos que de otro modo no tendrían sentido, o podrían explicarse en otro sentido, y que a la vez se contraponen a esas otras configuraciones de sentido –otros discursos– que proponen una lectura diferente de los mismos sucesos.

La consecuencia de esto es que los sujetos se construyen sólo a partir de ese sistema de significación propio de determinado momento histórico y, por ende, ni ellos ni sus objetivos están predeterminados. Lo social entonces aparece como contingente. Por lo tanto, la manera de acceder teóricamente a los fenómenos sociales es la “deconstrucción” para mostrarlos en su contingencia y afirmar la imposibilidad de reconstruirlos. Esto es, la imposibilidad de un “discurso de cierre” de lo social. No es posible realizar un modelo totalizante, de conjunto, de sociedad. Por eso no es posible realizar ningún proyecto de la Modernidad, incluido el marxista. Porque tienen esa pretensión de completitud y objetividad.

No nos concentraremos aquí en la crítica teórica a tales afirmaciones. En cambio, nuestro interés se instala en la lectura política, es decir, de las consecuencias políticas de este tipo de argumentos que pretenden no sólo tener repercusión a nivel académico, sino también *aggiornar* la discusión en el campo del pensamiento de izquierda. La pregunta es, si los autores consideran que lo político implica “el vano intento de constituir la sociedad” a partir de un discurso de cierre, es decir, de un modelo de sociedad utópico que orienta las acciones –que significa la realidad y el sentido de las luchas políticas y sociales–, pero a su vez basan su propuesta en afirmar esa imposibilidad: ¿es suficiente para un proyecto político promover la pluralidad creciente? No es éste un debate que concierna sólo al socialismo sino a la política en general. Lo que planteamos es congruente con la crítica que Atilio Boron formulaba en los años ‘80 a la “democracia procedimental”, es decir, a sus colegas que sostenían la democratización como el afianzamiento de una serie de procedimientos electorales, y no como una creencia en cuestiones sustantivas<sup>7</sup>.

Mientras el deconstructivismo posmarxista se encarga de anunciar *el fin de los tiempos modernos*, un “nuevo pensamiento” se convierte en hegemónico. Un “nuevo pensamiento” que poco tiene de novedoso porque justamente toma como fundamento el marco teórico que hizo posible la hegemonía burguesa –contra las teorías teocráticas del absolutismo feudal– entre los siglos XVIII y XIX: el liberalismo. Pero que, por alguna razón no explicitada pero que armoniza perfectamente con el posmodernismo de aquellos, resurge despojado de las premisas filosóficas que sustentaron la acción política de la otrora clase revolucionaria –siguiendo la lectura marxista.

---

Si se trata de pensar los imaginarios que pueblan la inserción internacional de América Latina, deberemos remontarnos a los procesos de democratización en los años '80 –donde localizamos el inicio de una configuración del sistema internacional que lentamente iría desplazando a la lógica de la Guerra Fría y a la nefasta Doctrina de la Seguridad Nacional. Según algunos análisis políticos de entonces, la *oleada democratizadora* –parafraseando a Samuel Huntington, quien no podía estar ausente en la legitimación del nuevo orden– llegó teóricamente delimitada, desde la perspectiva de análisis discursivo podríamos decir, discursivamente perfilada a partir de la identificación entre democracia y “liberalismo democrático”, acotada al modelo schumpeteriano de democracia, como un juego de demandantes y oferentes que dirimen sus intereses de acuerdo a un conjunto de reglas, en una suerte de “mercado político” paralelo –y, por lo tanto, ajeno– a la dimensión económica de la sociedad<sup>8</sup>.

El discurso del “liberalismo democrático” se convertirá en una de las facetas del “discurso neoliberal”, tal como lo sugiere Atilio Boron (1995), quien analiza las incongruencias entre el discurso del “liberalismo democrático”, que él caracteriza como “concepción minimalista de democracia” y la tradición filosófica de la cual se consideran tributarios aquellos que defienden ese modelo político. La idea es que la democracia clásica surge como un modo de vida que invade toda la sociedad civil (históricamente asociado a la derrota del discurso teocrático por parte del Iluminismo). En cambio, la “concepción minimalista” reduce a la democracia a una cuestión de “método” –“sin substancia”.

Podemos extender a todos los aspectos del discurso neoliberal esta interpretación para encontrar un punto de contacto con el posmarxismo ya que, aunque aquél no abjura explícitamente de la Modernidad, también abandona sus presupuestos filosóficos para quedarse sólo con la regla de procedimientos. Filosóficamente, esto se sintetiza en la corriente del “pragmatismo”.

¿Cómo se construye el discurso neoliberal a partir de los restos procedimentales del liberalismo? Sobre la base de los principios clásicos de la economía liberal –el liberalismo se caracteriza por establecer compartimientos estancos entre las distintas esferas de la sociedad– pero aplicadas a la política, la cultura y toda clase de relaciones sociales. El reduccionismo economicista puede apreciarse en el uso de la jerga de la economía neoclásica: “mercado”, “competencia”, “equilibrio”, “oferta”, “demanda”, “productividad”, “utilidad”, “transferencia”, “consumo”, son expresiones que hoy día forman parte del léxico del ciudadano común para referirse a cualquier aspecto de la vida. Si el liberalismo clásico centraba su atención en el “individuo”, el neoliberalismo reduce ese sujeto a la figura del “consumidor” –enronizado por la teoría económica neoclásica.

Así, el discurso neoliberal establece sus redes significativas en tomo al concepto de “mercado” o “mercados” –en plural–, para explicar los fenómenos políticos –el “mercado electoral”–, culturales –“industrias culturales”–, educativos –“oferta

y demanda de conocimiento”, “inserción laboral”, etc. Es interesante reparar en esta pluralización del término “mercado” que se opera en el discurso neoliberal.

Es que a diferencia del concepto marxista de “mercado”, la misma palabra pierde para el neoliberalismo su densidad significativa, su especificidad y su alto poder de abstracción, para transformarse en un concepto predominantemente descriptivo y tan elástico que puede designar las más diversas situaciones de intercambio. Entonces, esa misma elasticidad y aproximación a las circunstancias de la vida cotidiana contribuye a que la noción de mercado se “naturalice”, siendo considerada como un “dato objetivo” de la realidad sobre el cual no cabe ninguna definición ni discusión.

Entendemos el correlato internacional del discurso neoliberal como el *imaginario de la globalización*. La sucesión de transformaciones en el ámbito financiero –“los mercados financieros”–, el nuevo patrón tecnológico caracterizado por el “complejo electrónico” y sus repercusiones a nivel informativo y cultural, que tuvieron lugar en los últimos años del siglo XX, han sido decodificadas por el discurso neoliberal como un conjunto integrado de fenómenos “objetivos”, derivados de la economía y la tecnología que componen una cosmovisión, que es la cosmovisión hegemónica de este tiempo y que, como tal, presenta una *utopía* –a la que se dirige la sociedad que se oriente en términos de esa cosmovisión– y un *fantasma* –que el modelo tiende a conjurar.

En este caso, la utopía puede formularse como la tendencia hacia “la aldea global” –el mundo interconectado y la absoluta movilidad de factores de la producción–, y el fantasma es el caos económico absoluto –la bancarrota sin salida que para las naciones centrales significa la amenaza de perder esa centralidad y, para las periféricas, la amenaza de la “inviabilidad” como nación. Nos encontramos pues ante una utopía mediocre junto a un fantasma terrible para el que no hay escapatoria, porque la sanción está a cargo de “fuerzas objetivas” e inexorables: “los mercados” –en este caso, no cualquier mercado sino los “mercados financieros”, que hacen sentir su ira ante las políticas económicas y las manifestaciones sociales que “afectan sus intereses”, y con los cuales resulta imposible el diálogo y la negociación política. Por eso leemos esta construcción hegemónica como *la tiranía de los mercados*.

Una construcción que es posible en un mundo con ideologías desangeladas, o desalmadas –sin ángel, sin alma, es decir, carentes de presupuestos filosóficos sustantivos– como el neoliberalismo o el posmarxismo, que en este sentido resultan complementarios, para fortalecer el imaginario de la globalización como herramienta de legitimación para establecer la hegemonía de lo que denominamos como la tiranía de los mercados, que refuerza las relaciones de subordinación social e internacional del capitalismo.

## **Para derrocar al tirano**

El problema de estos discursos desangelados del neoliberalismo y el posmarxismo es que su capacidad de reproducción reside en la anulación del pensamiento, ya que logran enquistar en el sentido común<sup>10</sup> el mensaje de un eterno presente en el que la historia se convierte en un recorrido turístico a través de los museos y el futuro un horizonte de consumos crecientes. Algo así plantea la utopía de la *aldea global*.

Por su parte, el posmarxismo hace una contribución extra destruyendo la utopía en el discurso alternativo. Al refutar la creencia de que el derrumbe económico puede ser liberador, junto con el fin de la historia y el triunfo del humanismo, el caos económico se convierte en una figura angustiante, que se debe evitar a toda costa. Como consecuencia, se paralizan el pensamiento, las posibilidades de transformación, de progreso, de historia.

Todos los caminos conducen a la era de los ídolos caídos, el absoluto descreimiento. El triunfo de la irracionalidad no es un hecho para lamentar contemplativamente. Porque las consecuencias sociales de la desesperanza colectiva son tan terribles como la realidad palpable de nuestro tiempo: el incremento de la violencia sin sentido, el trabajo sin sentido –más que para cobrar un salario a fin de mes– y los que no hacen nada porque nada tiene sentido, la vida sin sentido.

Para vencer a una figura alienante hay que comenzar por desautorizarla. Desmascarar su figura omnipotente y abrumadora. Saltar por encima de su lógica, para poder pensar más allá, que es lo que permite salirse del esquema del discurso hegemónico. Reconstruir un pensamiento alternativo.

Es que, siguiendo el pensamiento gramsciano, hay otro sentido común, el sentido común de los subordinados, que señala una realidad completamente distinta a la propuesta por el discurso neoliberal. Una realidad que muestra a los “mercados” como construcciones sociales, que interactúan en un esquema de relaciones de fuerza, que son históricas y por lo tanto no son eternas e inmodificables.

La tarea de los intelectuales con aspiraciones transformadoras –por no decir revolucionarias, ya que yo también soy víctima del “sentido común” impuesto– debería ser la de desarticular el carácter inapelable de todo aquello que se identifica con el discurso político hegemónico de la economía neoclásica, desde los distintos enfoques de una misma realidad integral que implican la política, la sociedad, la economía, la cultura, la historia, etc.

Cuando Charles Chaplin, en medio de la Segunda Guerra Mundial, ridiculizó a Hitler y le habló al mundo de la paz, hizo una contribución fundamental: rompió con una lógica discursiva dominante...

## Bibliografía

- Boron, Atilio 1991[a] *La transición hacia la democracia en América Latina: problemas y perspectivas* (Buenos Aires) Ponencia presentada al XV Congreso de la Asociación Internacional de Ciencia Política, 21 al 25 de julio.
- Boron, Atilio 1991[b] “Tras el diluvio siempre sale el sol. La teoría política marxista entre las transformaciones del capitalismo y el derrumbe de los *socialismos realmente existentes*”, en *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina* (Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi).
- Boron, Atilio 1995 “A sociedade civil depois do dilúvio neoliberal”, en *Pós-neoliberalismo. As Políticas Sociais e o Estado Democrático* (Río de Janeiro: Paz e Terra).
- Callelo, H. y Lozano, C. 1988 “Nueva revolución, nueva democracia”, en *Cuadernos del Sur* (Buenos Aires) N° 27, octubre.
- Cox, Robert 1986 “Social Forces, State and World Orders: Beyond International Relations Theory”, en Keohane, Robert *Neorealism and its critics* (Nueva York: Columbia University Press).
- Gramsci, Antonio 1979 *Cuadernos de la cárcel* (México: Ediciones Era) Tomo 4.
- Hobsbawm, Eric 1979 “Introducción”, en Marx, C. *Formaciones Económicas Precapitalistas* (Barcelona: Crítica).
- Laclau, Ernesto y C. Mouffe 1987 *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una política democrática radical* (Madrid: Siglo XXI).
- Laclau, Ernesto, Richard Rorty et al. 1998 *Deconstrucción y pragmatismo* (Buenos Aires: Paidós).
- Nun, José 1991 *La democracia y la modernización, treinta años después* (Buenos Aires) Ponencia presentada al XV Congreso Mundial de Ciencia Política, 21 al 25 de julio.
- Ominami, C. 1987 *El tercer mundo en la crisis* (Buenos Aires: GEL).
- Smith, W. 1993 “Reestructuración neoliberal y escenarios políticos en América Latina”, en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 126, julio-agosto.

## **Notas**

1 Utilizamos esta expresión en el sentido en que se aplica en Calello y Lozano (1998).

2 Para una aplicación de la teoría gramsciana a los estudios de las relaciones internacionales, ver Cox (1986).

3 Acerca de las características de la Crisis de la Deuda en América Latina, ver Ominami (1987).

4 Para un estudio sobre las reformas estructurales en América Latina y su impacto político, ver Smith (1993).

5 Estas reflexiones se pueden encontrar en los escritos filosóficos de Marx. Para una síntesis de la caracterización marxista de la historia de la humanidad ver la introducción de Eric Hobsbawm a Marx (1979).

6 Ver la crítica hecha al posmarxismo en general por Boron (1991[b]).

7 La crítica a la democracia “procedimental” ha sido desarrollada en Boron (1991[a]).

8 Una crítica a esta concepción de democracia de los años ‘80 es planteada por Nun (1991). Tomamos la expresión “liberalismo democrático” de este trabajo.

9 Un trabajo que articula el posmarxismo con esta corriente del liberalismo filosófico es Laclau, Rorty et al (1998).

10 Se alude al concepto de “sentido común” desarrollado por Antonio Gramsci, que implica que todos los hombres son capaces de practicar la filosofía, aunque no sean intelectuales. Entonces, entendemos aquí al “sentido común” que forma parte de la cultura hegemónica, ese que constituye también en el “hombre activo de masas” una de sus “conciencias teóricas”, la “...superficialmente explícita o verbal que ha heredado del pasado y ha acogido sin crítica (que) ata a un grupo social determinado, influye en la conducta moral, en la orientación de la voluntad (que, en contradicción con su otra conciencia) de transformación de la realidad (puede provocar una reacción paralizante, que) no permite ninguna acción, ninguna decisión, ninguna elección y produce un estado de pasividad moral y política...” (Gramsci, 1979).

## Publicaciones de CLACSO

- **Ceceña y Sader**  
*La guerra infinita - Hegemonía y terror mundial*
- **Ivo**  
*Metamorfoses da questão democrática - Governabilidad e pobreza*
- **de la Garza Toledo y Neffa**  
*El futuro del trabajo - El trabajo del futuro*
- **de la Garza Toledo**  
*Los sindicatos frente a los procesos de transición política*
- **Barrig**  
*El mundo al revés: imágenes de la Mujer Indígena*
- **Torres**  
*Paulo Freire y la agenda de la educación latinoamericana en el siglo XXI*
- **Lanzaro**  
*Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*
- **Mato**  
*Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2*
- **Mato**  
*Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*
- **de Sierra**  
*Los rostros del Mercosur - El difícil camino de lo comercial a lo societal*
- **Seoane y Taddei**  
*Resistencias Mundiales - De Seattle a Porto Alegre*
- **Sader**  
*El ajuste estructural en América Latina - Costos sociales y alternativas*
- **Ziccardi**  
*Pobreza, desigualdad social y ciudadanía - Los límites de las políticas sociales en América Latina*
- **Midaglia**  
*Alternativas de protección a la infancia carenciada - La peculiar convivencia de lo público y privado en el Uruguay*
- **Giarraca**  
*¿Una nueva ruralidad en América Latina?*
- **Boron**  
*Tras el búho de Minerva - Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*

- **Balardini**  
*La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*
- **Várnagy**  
*Fortuna y Virtud en la República Democrática - Ensayos sobre Maquiavelo*
- **Gentili y Frigotto**  
*La Ciudadanía Negada - Políticas de exclusión en la educación y el trabajo*
- **de la Garza**  
*Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*
- **Alabarces**  
*Peligro de Gol - Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*
- **de la Garza**  
*Los retos teóricos de los estudios del trabajo hacia el siglo XXI*
- **Torres Ribeiro**  
*Repensando a experiência urbana da América Latina: questões, conceitos e valores*
- **Strasser**  
*Democracia & Desigualdad - Sobre la “democracia real” a fines del siglo xx*
- **Lander**  
*La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*
- **Costa Lima y Almeida Medeiros**  
*O Mercosul no limiar do século XXI*
- **Sader y Gentili**  
*La trama del neoliberalismo*
- **Boron**  
*La filosofía política clásica - De la Antigüedad al Renacimiento*
- **Boron**  
*La filosofía política moderna - De Hobbes a Marx*
- **Boron, Gambina y Minsburg**  
*Tiempos Violentos - Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*
- **Boron**  
*Teoría y Filosofía Política - La tradición clásica y las nuevas fronteras*
- **Observatorio Social de América Latina / OSAL**  
*Revista sobre conflictos sociales en América Latina  
Ejemplares desde junio de 2000 hasta enero de 2002*

Este libro se terminó de imprimir en el  
taller de Gráficas y Servicios S.R.L.  
Santa María del Buen Aire 347,  
en el mes de enero de 2002.  
Primera impresión, 1.000 ejemplares

**Impreso en Argentina**